

# LETRAS & SALVAJES

*Revista de Literatura, Arte y Pensamiento de alta velocidad*

*Editor: Alberto Martínez-Márquez*

ISSN 2638-9711

26

Dossier de cuentos:

**FÁBULAS**

**FEROCES**

letras  salvajes

## **LETRAS SALVAJES**

Número 26, enero-mayo, 2019

Portada: Detalle de El Parterre en Aguadilla (2019) de Alberto Martínez-Márquez (Bayamón, 1966).

Contraportada: Foto de tronco de árbol por Alberto Martínez-Márquez.

Composición y diseño: Rogelio de Sart y Nasón Purim

Cuidado de la edición: Alberto Martínez-Márquez

Logo: Iván Figueroa Luciano

Esta revista puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o a través de cualquier medio electrónico, mecánico, copia fotostática, grabación u otros métodos que permitan su libre difusión y consumo.

Esta revista no recibe subvenciones algunas de individuos ni de agencias de gobierno, alianzas público-privadas o entidades corporativas nacionales o transnacionales. **LETRAS SALVAJES** es una publicación sin fines de lucro, que se rige por la libre economía de la koinonía.

Copyright © 2018/2020



Favor de dirigir sus colaboraciones al correo-e:  
[revistaletrassalvajes@gmail.com](mailto:revistaletrassalvajes@gmail.com)

Para envío de libros, revistas, cd-roms, dvds o cualquier otro material apalabrado o audiovisual, favor de escribir a la siguiente dirección:

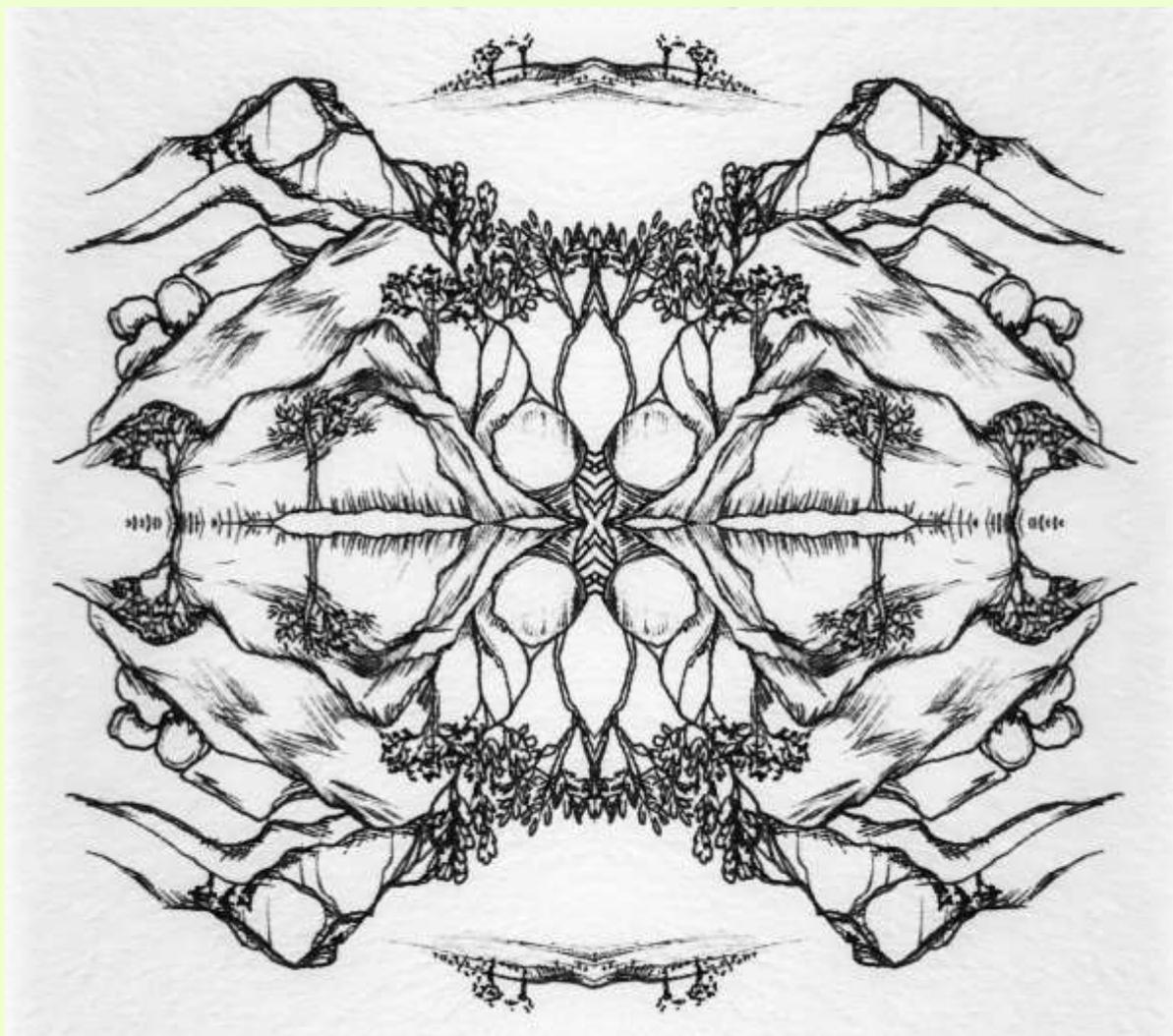
Alberto Martínez-Márquez, Editor  
Letras Salvajes  
3631 Villas Sotomayor  
San Antonio, Puerto Rico 00690

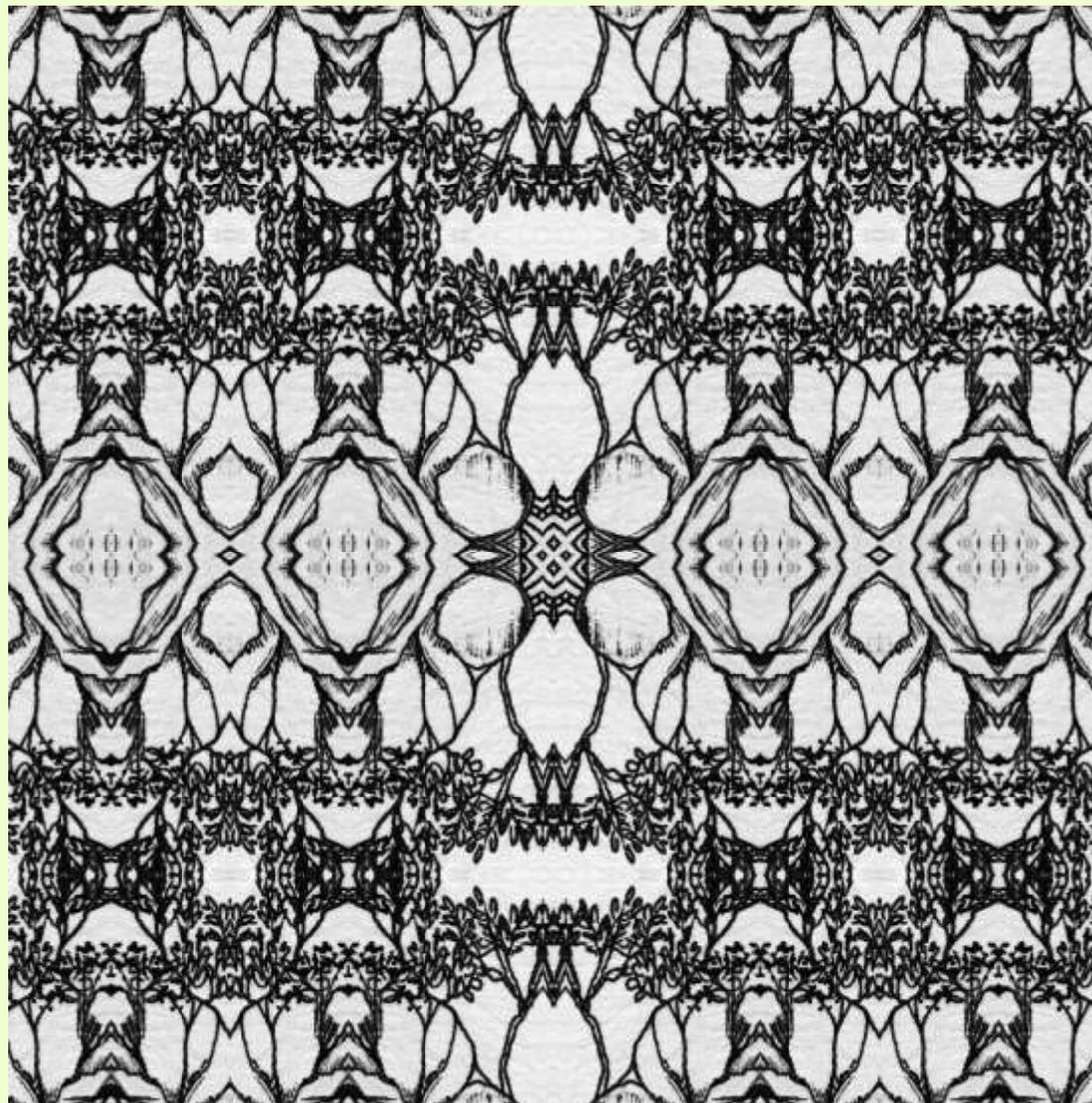
# INDICE

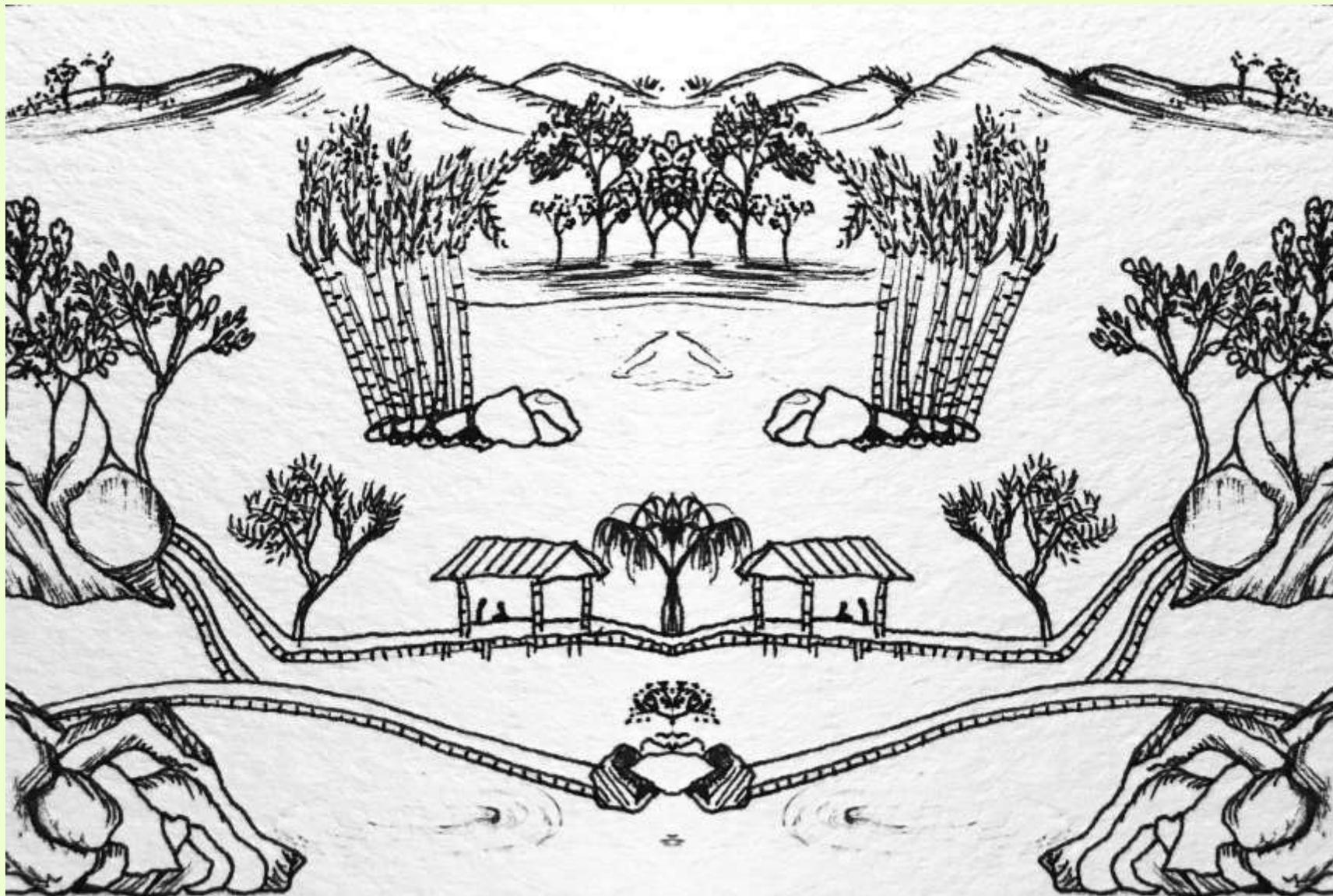
- 2 Dibujos de Maricel Vargas
- 3 *Dossier de cuento. Fábulas Feroces*
  - 8 Estefanía Farías Martínez
  - 12 Rubén González Lefno
  - 18 Ana Marina Rúa Kohn
  - 25 El Seis
  - 27 Alexandra Pagán Vélez
  - 31 Stefan Antomatei
  - 36 Rocío Tame
  - 40 Obed André Betancourt
  - 44 Ana Castañer
  - 50 Fernando Morote
  - 54 Sandra Rodríguez Cotto
  - 57 Daniel del Cullá
  - 59 Mary Ely Marrero-Pérez
- 65 Pinturas de Yadith Río de la Loza Gálvez
- 71 *Silabas del Boscaje*
  - 73 Flor M. Pagán
  - 80 Javier Febo Santiago
  - 82 Arelis Arcelay Caro
  - 88 Ana Romano
  - 90 Wafi Salih
  - 95 Damaris González Sandoval
- 96 Fotos de Ana Pobo
- 101 Colaboradores

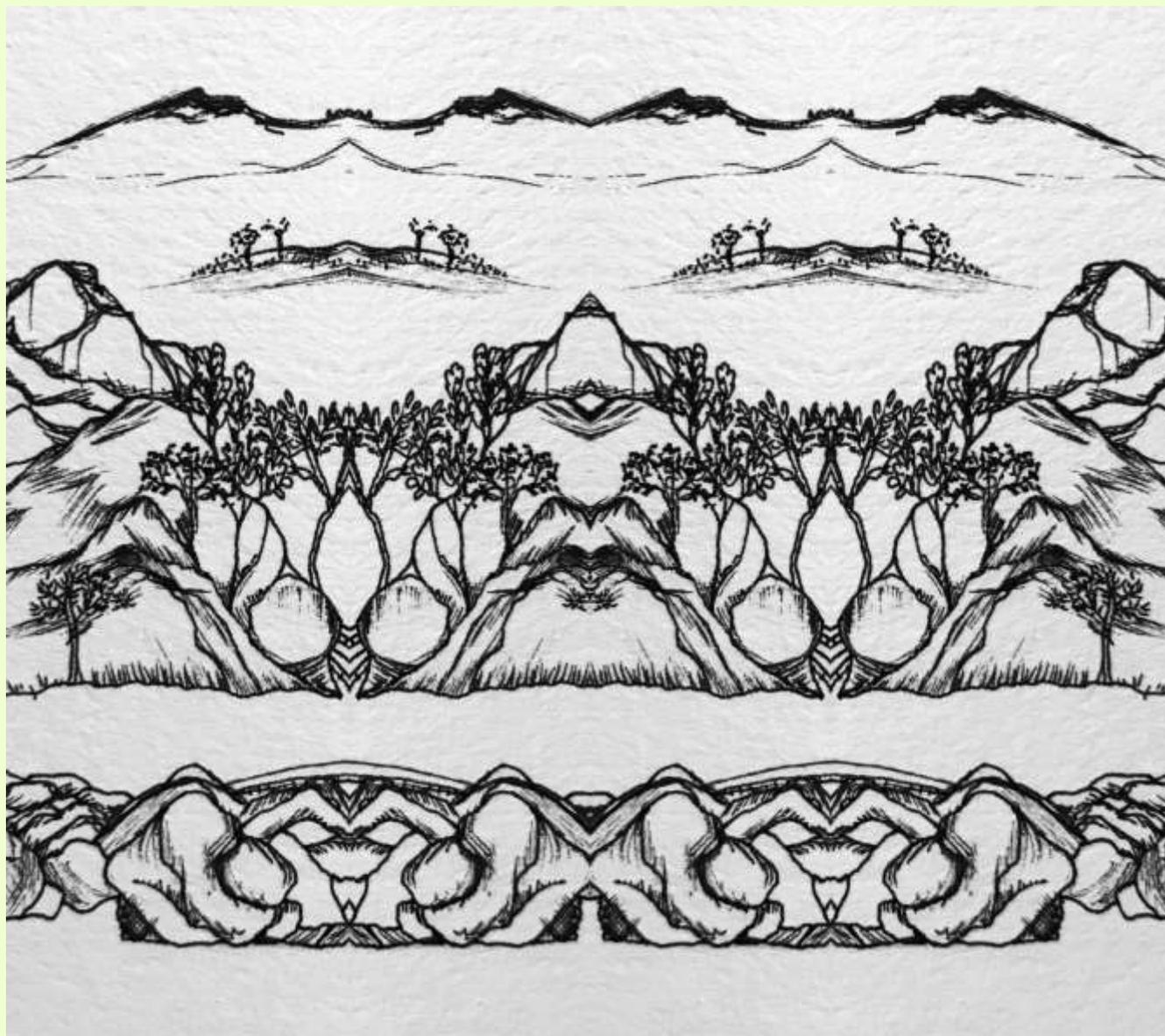


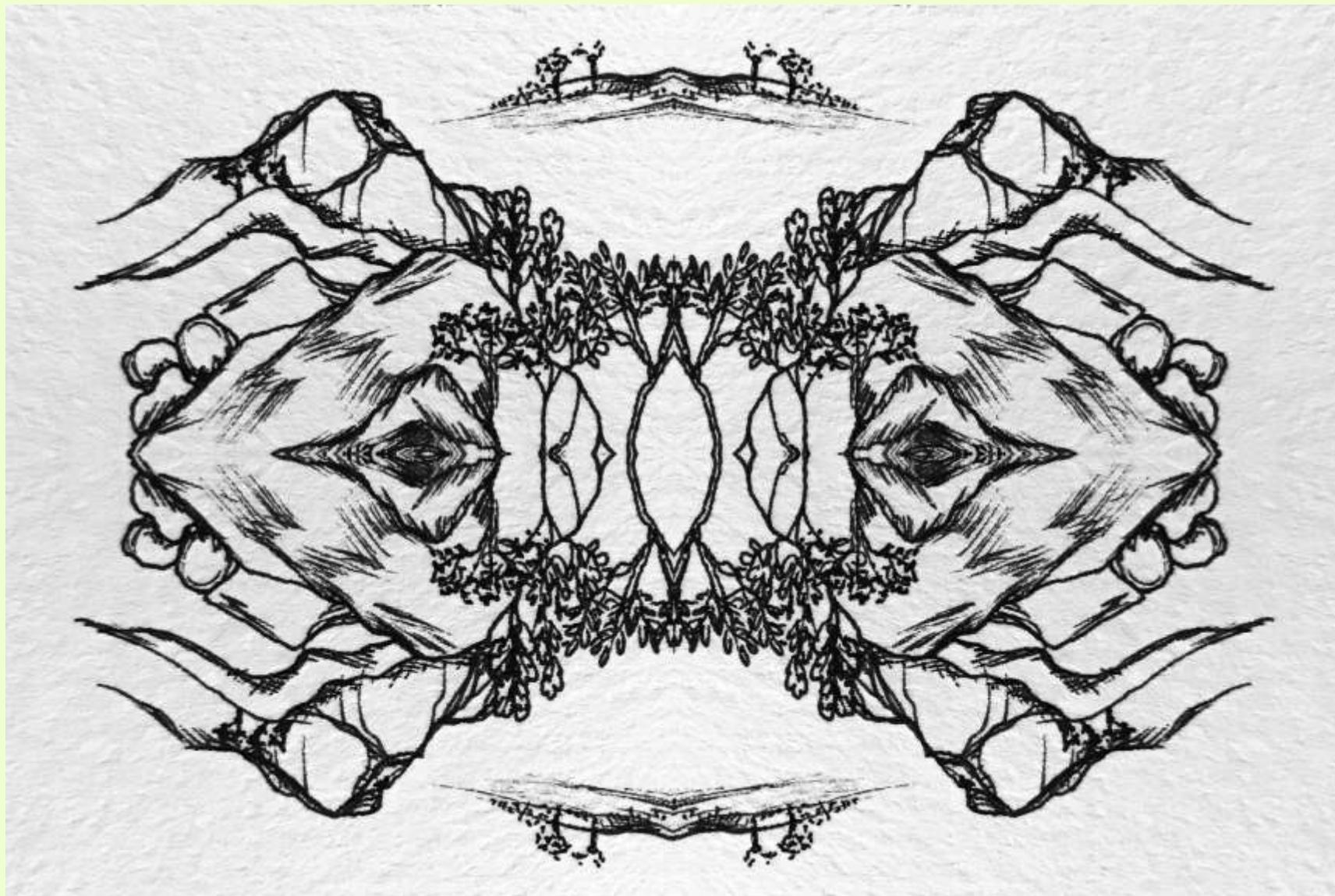
# MARICEL VARGAS













*[Dossier de cuentos:  
Fábulas Feroces]*



“Amourette” (1918) de Christian Schad



## ESTEFANÍA FARÍAS MARTÍNEZ

### CINE DE VERANO

Todos los veranos el ayuntamiento convertía la plaza mayor en un improvisado cine las noches de los sábados; sacaban las sillas de madera plegables y las distribuían en filas; ponían un quiosco de bebidas y aperitivos dulces y salados donde también se preparaban pinchitos; e instalaban una pantalla gigante con potentes focos y altavoces a ambos lados. La gente iba llegando poco a poco, se formaban pequeños grupos en las proximidades del quiosco; la espera se amenizaba con música, que envolvía el barullo de las voces y los chirridos de las sillas. Aquel sábado de agosto hacía mucho calor, y las cervezas y la sangría eran lo más solicitado. La música paró a las 10 y una voz metálica les invitó a sentarse, anunciando el comienzo de la película. En apenas unos minutos la mayoría de los asientos estaban ocupados y los focos se apagaron. Era la noche de Tiburón, pertenecía a la colección personal del alcalde.

Don Ramón, el alcalde, Doña Margarita, su mujer, y sus acompañantes fueron los últimos en sentarse, había una fila reservada para ellos, y la anterior y la posterior estaban vacías por cuestiones de seguridad. Don Ramón era un hombre contundente, andar pesado y manos rollizas, como las de alguien que hace tiempo dejó de usarlas de forma productiva; Doña Margarita tenía aspecto de tinaja, bien labrada, exquisitamente decorada y vacía de contenido.

A pesar de las cualidades inherentes a su esposa, el alcalde estaba obsesionado con las mujeres voluminosas en bata blanca. Aquel apetito desmedido e insatisfecho había empezado tres años antes, por culpa de una película francesa, El marido de la peluquera, por una escena en concreto: una bata blanca, semiabierta, y un pecho emergiendo descuidado, cual papaya madura pendiendo del árbol, se adivinaba el pezón, casi podía olerla. Susanita, la chica de la limpieza de la tercera planta, donde estaba su despacho, llevaba

también una bata blanca ligera, sin sujetador cuando apretaba el calor, los primeros botones desabrochados y esa 100 copa B buscaba el aire acondicionado cuando nadie la veía, él tiraba papeles al suelo para hacerla agacharse y otear desde las alturas las montañas rocosas. La tenía sentada al lado. Al llegar a la plaza se la encontraron acompañada por el padre, Melancio, un municipal zalamero que se moría por el culo de Margarita. Mientras el tipo babeaba ante el espectáculo que ofrecía su mujer con aquel vestido rojo, él olisqueaba a la hija. Era tímida, muy rubia y sonrosada, de carnes esponjosas, muy servicial y educada. Susanita llevaba puesta su bata, sudaba mucho y él veía brillar la piel de su escote. Don Ramón se inclinó sobre ese busto y recogió con la lengua las gotas de sudor mientras ella, atónita, se quedaba paralizada.

Desde que Jorge tenía quince años cada vez que veía *La guerra de las galaxias* quería ser Han Solo y violar a Leia, estaba tan rica, era tan rebelde, él se merecía un premio por su esfuerzo; quería arrancarle la ropa y dejarle los rodetes puestos, así mejor, pero Natalia no quería disfrazarse de Leia. Ni siquiera ponerse ese bikini dorado que lucía con tanto encanto en *El retorno del jedi* tan sensual, tan preparadita para que Jabba el Hutt la

lamiera entera con aquella lengua descomunal, sólo de pensarlo se calentaba.

—¿Natalia?

—¿Qué?

—Quiero violarte.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Aquí?

—No, mujer, en los soportales del casino, y ya sabes te acabo de rescatar y tú te resistes.

—Pero por ahí a veces pasa gente.

—Mejor, anda sé buena.

—De acuerdo, espera un momento.

—María, ¿nos guardas los asientos? Volvemos en diez minutos.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—No sé para qué le traes al cine.

—Es que quería ver esta película. Luego me cuentas lo que me pierda.

Jorge hacía aspavientos desde la acera, frente al casino.

—Venga, Natalia.

—Voy.

Ella cruzó haciendo resonar los tacones y avergonzada porque la gente la miraba. Cuando llegó a donde estaba él, se escondió detrás de la

primera columna. Él sonreía y la empujaba suavemente.

—Apóyate. Así, perfecto. Abre un poco las piernas, deja los brazos sueltos, natural.

—¿Tengo que gritar?

—Sí.

—¿Y arañarte?

—También.

—¿Darte puñetazos en la espalda?

—El paquete completo.

—¿Me vas a volver a arrancar la tanga?

—Claro, es una violación, mujer.

—Habérmelo dicho antes, ésta es de las buenas.

—Yo te regalo otra. Venga zorra, estate quieta y pórtate bien.

Juan Carlos descubrió a su mito erótico a los veintiuno, fue con sus sobrinos a ver una de Disney y ahí estaba ella: Pocahontas. Qué cuerpo, qué ojos, qué cara de cerda. Se empalmó nada más verla, toda la película con dolor de huevos. Al salir se compró una muñeca de veinte centímetros de su chica y esa noche, en la habitación, a solas, se desnudó para ella y se masturbó como un demente, la leche salía a borbotones sobre la cara y el cuerpo de su india. Desde entonces era entrar a un cine y la veía en la pantalla a tamaño natural.

—¿Juan Carlos?

—Mmm.... ¿qué?

—¿No oyes chillar a una chica?

—Mmmm... Marta, es la película.

—Pero si ahora no sale ninguna en escena.

—Mmmmm... Estará oyéndose de fondo. No me distraigas que me desconcentro y no me entero de nada.

Marta le miraba de reojo, otra vez igual. ¿Qué demonios hacía con él? Con lo que le hubiera gustado tener a uno como Brendan Fraser. Cuando Ángela le recomendó aquella película tan rara, Dioses y monstruos, no se imaginaba la sorpresa, esa escena del jardinero desnudo y con la máscara antigás: todo cuerpo para morder, lamer y arañar. Ahora entendía por qué su amiga se había comprado una por internet, tenía novio nuevo, un bombero, y seguro que ya se la había puesto; le quería prestar la máscara, pero ella no se atrevía a pedírsela con el relleno incluido, porque al suyo no le iba a quedar igual. Se le dispararon los pezones y se mojó toda. Juan Carlos seguía con Pocahontas, y a ella se le resbaló la mano del reposabrazos y la dejó muy quieta sobre el regazo del tipo que tenía al lado. Él no dijo nada, sólo deslizó la suya por los muslos de Marta, ella separó un poco las piernas, para sentir esos dedos tanteándola, mientras le bajaba la

cremallera.

Margarita se levantó y pasó despacio delante del municipal, estaba harta de que Ramón la ignorara, no llevaba ropa interior, con el calor no la soportaba, pero ni con ésas, quería ser la presa de un tiburón, sentir el aliento de un hombre a través del vestido, que le arrancaran la carne a dentelladas. Había muy poco espacio entre las filas de asientos, y Melancio tenía tan cerca aquella ensaimada, que a punto estuvo de morderla.

Cuando Margarita llegó a la esquina le hizo un gesto con la mano y él acudió raudo.

—¿El quiosco está cerrado ya? Me muero por algo de chocolate, siempre estoy a dieta porque a Ramón le gusta que me cuide, pero la película me ha abierto el apetito y como está distraído viéndola...

—La acompaño, el del quiosco está sentado al fondo, le pido las llaves y entramos a buscar lo que quiera.

—Gracias, eres un amor, Melancio.

Ella se colgó de su brazo y él creía oír el roce de esos muslos al andar, estaba soñando despierto. La de noches que había pasado imaginando que

devoraba aquel trasero, que la doblaba a su gusto, que se la ensartaba completa hasta hacerla gritar. La gestión con el del quiosco fue rápida, tenía muchas multas de aparcamiento sin pagar. Entraron como ladrones perpetrando un atraco. Ella rebuscaba en las cajas, ansiosa, y bamboleaba aquel monumento de un lado a otro, de pronto se estuvo quieta, se inclinó sobre una estantería intentando alcanzar la parte trasera y él, muy caballeroso, se ofreció a colaborar. Apoyó todo su cuerpo sobre el lomo de la alcaldesa, haciendo que se le levantara la falda hasta exponer sus virtudes ocultas, y estirando el brazo, le entregó aquellas chokolatinas que la hacían suspirar. Margarita comía como si estuviera en éxtasis y Melancio la embestía con violencia, sin interrumpir el suministro de estimulantes. Él gruñía y ella gemía, cada uno satisfecho por sus placeres consumados.

# RUBÉN GONZÁLEZ LEFNO

## EL VUELO QUEBRADO

### 1.- A nivel del idioma

*"...Y disparaban ráfagas a los árboles, a cualquier cosa, cada vez que nos gritábamos la contraseña en medio del bosque".*

Y entonces supo que no tenía ningún sentido seguir eludiendo el síntoma divino de no reconocerse, de no captar la categoría de observador omnisciente de todo lo que otros hicieran. Y ni el recuerdo, ni el dolor, ni el amor, ni la neurosis, ni los últimos vestigios de una raza indefinida, podrían impedir la mayor y más hermosa mascarada que desde entonces sobrevolaría para siempre el vaivén de la retórica, el despunte de la palabra, de las frases y oraciones para acceder a un oído falso, olvidadizo y sordo, extraño y encubierto en las páginas brillantes y en los nuevos y antiguos aromas de suficiencia, resignación y opacidad que se posarían de una vez, como el sinnúmero de horas de aquel tiempo invariable.

El tiempo era de la derrota y desesperación,

pero también era el tiempo del acomodo, de la salvedad precaria, de los últimos estertores que eran en realidad los primeros de este nuevo clima, de estos nuevos días y horas, de esta gelatina como sopa de letras tratando de ser aliñada desde las opciones vitales, desde las solapas, desde los pie de páginas. Porque era el tiempo del humo y solo debía verse la oscuridad, sobre todo aquella de los autores que hacían el quite a la firmeza de la sintaxis tradicional y a las contracciones del aborto; he ahí el más hermoso poema, el texto más lúcido, la más clara demostración de que ya nada podría evitar la percepción de las estructuras metalingüísticas, del acto de llenar estas páginas difíciles, del orgullo a medio camino entre el heroísmo de unos y la cobardía de otros. Porque no estábamos en el tiempo en que llovían piedras y lacrimóge-

nas en las principales arterias, de tal forma que no existirían boquerones en el texto, el mismo texto que se negaba a salir de la punta del lápiz, o de las fibras más recónditas de los renovales de algún bosque. Porque no estábamos en el tiempo de la-crimógenas y gritos multitudinarios, ahora todo sería distinto, ahora todo esto nos acompañaría hasta el final de los tiempos.

. . . Ahora debo bajar la mochila, el Fal y estrujar las medias. Ya estamos dentro del monte y debemos bajar a la tierra. . .

Entonces, ahora que el deporte está alcanzando niveles siderales, ahora que el conocimiento idiomático ha sido capaz de despejar las dudas de la pureza verbal, ahora que existe la crisis de la lectura y la floreciente galería de nuevos narradores y artículos especializados, ahora que podemos aspirar a todos los premios posibles de ser ganados, ahora que estamos sentados en nuestras incómodas poltronas, ahora que la masa ya no es masa, ahora que el más alto sitio de la palabra está recogida sobre sí misma, ahora que las nuevas tendencias quieren superar a Umberto Eco, ahora que el desarrollo de los acontecimientos hace posible disciplinas como la antropología forense, ahora que la página está tan llena de palabras que parece una gran sábana vacía, ahora

que el mapudungún se empieza a tensar como resorte aplastado por la enorme espoleta de los entierros, ahora entonces, y sólo ahora, es probable que por fin podamos distinguir el real significado de Chihuío y Pilmaiquén, por ejemplo.

## 2.- Reagrupamiento

*“Era el tiempo de instalar columnas en medio de la cordillera, explorar luego posibles escondites y rutas de reagrupamiento, nuncaclaras en ningún manual”.*

La pus está saliendo, porque la gangrena cercenó un dedo del pie derecho por lo menos; todos los morfemas se han tornado violáceos, opacos y molestos.

Tal vez deba quedarme solo aquí mismo, ustedes sigan y no me esperen, ellos ya vienen, incluso podemos verlos allá, reconocibles con sus largavistas y sus uniformes. Creo que se me ha desprendido otra uña impregnada de materia. Nunca más podré apoyarme en ambos pies. Váyanse, el Fal podrá servirme para que ustedes ganen tiempo.

Entonces no queda más que recordar lo más hermoso de todo. Pero ello significa que no se de-

be jugar con las cosas hermosas. Y los más hermosos han sido aquellos que soportaron todo en silencio. Recuerdo que poco a poco te iban sacando todo lo que habías aprendido, y el examen de grado. . . debe ser la fiebre. . .debe ser la fiebre. . .el examen de grado estaba en tus manos, entonces supiste en carne propia que las declaraciones oficiales eran más falsas que los falsos enfrentamientos. Debíamos despejar la salida, enterrar las mochilas y borrar las huellas. . . sustraer desde la Facultad algunas certificaciones del periodo de los fusilamientos. . . y este inexplicable temblor del cuerpo. . . el promedio, la nota a pie de página . . . aquellos sobre la delación, romper el cerco, retirarse. . . más allá del idioma sofocante . . . Porque eran tiempos de humo y solo debía verse la oscuridad, la palabra disímil, asexuada. Lejos del empedrado donde todo andante tiene ganado su lugar y donde nunca podrá llegar el sol. . . pero ahora no podré caminar más . . . la materia sigue supurando este adormecimiento extraño. . . debe ser la fiebre. . . Debemos poner las cosas en su lugar, en lugar de no colocarlas en ninguna parte que no sea el orden lógico de la sintaxis, los ilativos, el picanazo eléctrico en los testículos y tus hijos a lo bonzo antes de nacer. Y toda esta fantasía que más bien parece pesadilla. No se darían

cuenta de lo que llevo en las manos, no escucharían los balazos, no se asustarían con los disparos de repetición, no se alejarían de aquí. Sí, se alejaron, yo mismo los pude ver corriendo a ocultarse cuando respondimos el fuego.

¿Qué hago entonces aquí, colgando de los pulgares? ¿Por qué mis intestinos pendiendo sobre mí mismo? ¿Por qué vuelvo a recordar el Café Paula cuando la disputa del título entre Stevens y el japonés? ¿Por qué nada me duele? ¿Por qué creo que ya nunca más podremos caminar por la costanera de Valdivia ni en las afueras de Neltume, donde antes nos reíamos conversando nuestras penas de amor?

### 3.- *En Neltume danza la muerte*

*“Hay que buscar otras vías, lo más lejos posible de donde hicimos los primeros trazos. Hay que encontrar la forma de bajar al llano eludiendo Neltume a todacosta. Porque ahora allá danza la muerte.”*

No es fácil redactar. Sobre todo si has salido del territorio para después ingresar en forma clandestina, sin el mínimo talento que te permi-

ta avanzar unas cuantas páginas. Porque si comes algún desliz pequeño, como insertar tu escritura en alguna de las principales avenidas que contenga el folklórico aroma de lacrimógenas y aquí estamos otra vez, entonces te la buscaste. Porque una cosa es salir y entrar a la mala, después de recorrer interminablemente oficina tras oficina, después de haber estado en una y otra recepción, acto solidario y peña más solidaria todavía, después de haber podido optar a cuenta bancaria en país desarrollado, hay que ser bien caído del catre para retornar. . . y más todavía para resultar en medio de la cordillera con esta hambre que nos atrapa. Ello debe explicar ilativos y superlativos en el texto maloliente.

. . . Y cuando me hicieron ingresar a la sala de la morgue, reconocí el cuerpo de mi hermano de inmediato. El de su compañero estaba al lado con los intestinos desparramados. . .

No como tú, que con la cantinela de hacerle zancadillas al lenguaje y cruzar la fronteras de lo verosímil textual, te sorprendieron cruzando una aduana, porque cruzar un claro en medio del bosque era como aduana, y hasta ahí no más llegaste, desconocedor inaceptable de las categorías del idioma.

Porque ya vienen, el terreno, en todo caso,

sigue siendo nuestro aliado. Si tomamos ese faldeo lo más probable es que logren vernos, por lo tanto hay que seguir prefiriendo la maraña, pero siempre a cierta distancia uno de otro y gritando la contraseña para no regalarnos.

Ahora silencio absoluto. Ni siquiera respirar, ni siquiera tiritar a pesar de la nieve y las ramas congeladas que aprietan la cabeza y la espalda. Deben estar a unos quince metros y observan hacia acá, hacia los otros árboles y esa lomita que cruzamos ayer. Los dedos deben estar donde están, pero nada de disparar sin orden, nada de alterar esta escritura impensable, porque los lugareños con seguridad nos vieron con todo tipo de herramientas y a esta altura nadie puede sorprenderse. Los dedos en el disparador. La mirada en ellos. El pensamiento en todas las salidas y los destinos, menos en Neltume, porque allá danza la muerte.

#### *4.- Acá abajo*

Ahora, cada vez hay menos árboles protectores, más peladeros para la delación y mayor necesidad de andar con pies de plomo. Este es un presente que vino a quedarse y, aunque sobre

nosotros escarben los forenses, no podrá ser modificado.

Usted sabe que nunca nadie leerá esto, y eso es lo único que nos entretiene cuando podemos evitar los rictus de estertor desde acá abajo. Porque rictus y estertor es lo que somos. Pero, como varios de nosotros jamás nos tragamos eso de un espacio interminable que denominan cielo, ahora podemos contarle que no existe hogar ni clínica para quienes quedamos acá. Porque es el tiempo de los humos eternos vemos solamente la oscuridad. Pero, tal vez porque han dicho que el primer amor nunca se olvida, es probable -veámoslo como posibilidad- que alguien se acuerde alguna vez de cada uno de nosotros.

Y así estamos, en lo más hondo de los cerros con el cuerpo atado y lleno de escamas. Esto que nos ha tenido apretados por años, aquí donde ya ni siquiera nos muerden los gusanos, esta meseta descubierta por arqueólogos, fue nuestra última casa. Y los trapos desprendidos de lo que alguna vez fueron boca, lengua y voz, estos restos que ni siquiera logran cubrir nuestros restos y los alambres incrustados en nuestras muñecas sin piel ni carne, fueron nuestro último atuendo.

También hemos sabido de las búsquedas interminables y alguna vez recordamos nuestros amigos, consignas y amores. En una ocasión algo escarbó sobre nosotros (de ahí ese instrumento de madera) ello nos inquietó, como aquella vez en que ordenaban esos fragmentos y alguien abrazaba a alguien, sollozando sobre el lugar en que alguna vez estuvo su hombro. Y como ni usted ni nadie podrá leer estas páginas y aquí la espera resulta eterna, he imaginado escribir.

Ahora sabemos que aun cuando uno tenga en su poder la verdad, igualmente puede perder. Que los golpes pueden convertir en fragmentos hasta el alma y - sobre todo - sabemos que nuestro arrojó jamás tendrá recompensa. Ya nunca más copas brindadas ni labios besados, nunca de nuevo discusiones sobre cómo hacer las cosas, no más traslados sigilosos y la alegría tremenda de volver a encontrarnos después de romper un cerco. Nunca de nuevo caminar en los cerros o las calles, como cuando estuvimos allá en medio de la vida, de la vida, de la vida.

Ahora somos la perfección de lo irremediable en un país oscuro y extraño, en el que sólo deslumbran las reinas de la nada.

## ANA MARINA RÚA KAHN

### ATOMISTA

**D**ice:

Soy canica.

No perderé tiempo destajando una metáfora redondamente burda, pero considero necesario contarte por qué soy canica.

Cierto que lo soy: lisa y apurada, dura, esférica. Por cada punto, densa. Para ti, quebradiza.

Soy hoja. Ni una ni diez, sólo hoja. Zurcida de venas, no bebo sino por gracia del otro que vive debajo. Los zarcillos se escurren por ahí, compitiendo para ver quién llega antes, listos para traerme quejas y murmullos y alguna que otra muerte. Repelo el agua que cae sobre mi piel; vibro al aire; miro y no veo. Sésil, me acoplo al viento y a su falta.

Soy súrculo sin hijo: la sobra que cuelga ahí, pendiente, esperando la última sequedad.

Soy tela. Hilvanada, la rueca suena y sueña

con una linda mortaja que cubra cada poro. Rasgo y froto codos y vientres, dándole al nervio algo en qué pensar. Me doblo y me acurruco en hilos de calor, en tiras cansadas.

Soy astilla. Seca o presa de la humedad, estallo en cantos laterales, cabal.

Soy leche. Espesa y cuantiosa, salgo por rendijas y fluyo en surcos que llegan a la punta de tu lengua. Y por ahí te lleno, ávido. Te lleno, lleno. Apenas nutro: como leche soy más azul que blanca; mi alimento es puro estilo. Pero fluye, entorpeciéndote de deseo. Me sorbes. Por eso soy leche, para ti.

Soy estas cosas. Es sencillo. Aquí no hay metáforas, contrario a lo aludido arriba; te digo que soy canica, hoja, tela, astilla y leche porque lo soy, a cada rato y en todo momento, sin ambages ni pretensión. No juego a ser estas cosas. Cuando tocas un retazo o te entierras ese pedacito, cuando lames y sientes y juegas al azar, soy yo a quien

palpas. No miento. Vivo en todo ese átomo abarcador que es lo sólido y líquido. Que no gas, valga la aclaración. Mi constitución así lo limita.

Responde:

Romper piel es más difícil de lo que parece. Tantos tajos que se ha dado uno en vida, tantos cortecitos con hojas de papel en días secos de enero, raspazos concretos con brea o ramas. Pero cuando se quiere, cuando es a propósito la cosa, qué mucho cuesta cortar.

Rasgar carne es algo que se hace por placer. No porque se necesite vivir, en cuerpo, dolores que no se alcanzan en mente, o que se han dejado de sentir. Ni porque el corte sea metonimia de un control del que se carezca en todo lo demás. Se hace porque place.

No lo has hecho tú, ¿verdad? Porque tú eres lo que corta. No has sentido este placer, querido. Me puse a pensar que se te está vedado todo el júbilo de palpar. Eres el puño que golpea, la nieve que fluye, lo que se da. Tu boca no recibe lenguas penitentes, querida. Eres cosa, y aunque vives entre nosotros, los ojos de los demás no reparan en ti. Tus peticiones, si las tienes (si es posible que una cosa pueda pedir en su sorda dimensión), se vaporizan tan pronto tocan el aire.

Si pudieras sentir, querido, querida. Cuánto

dolor. Cuánto placer.

Recuerdo la primera vez que te supe. Era un día caluroso en octubre, mes ya infernal en la latitud que me tocó, y viajábamos en carro a un lugar sin valor. Tendría yo unos seis años. Es de esperar detallar edades cuando se cuentan estas cosas. La carretera, sucia y abollada, ronroneaba bajo las ruedas que trataban de evadir mil hoyos. Yo rebotaba en el asiento de atrás, y con cada salto sentía el vinilo blanco que se despegaba de mis muslos para luego abofetearlos sin razón, tapizando la piel de línea entrecortada.

Llegamos por fin al centro del pueblo. En la plaza me compraron un libro de pintar de escenas tropicales y una caja de lápices de colores baratos. Agarré el libro y sentí lo que eras, cosa ineludible, cosa tremenda. Toda sensación a la vez: ¿cómo asirse a lo inmediato de modo sucesivo? El libro olía a betún y paja mojada. Las hojas, de pésima calidad, desprendían tinta de periódico; los dedos, húmedos y acres, rozaban las páginas espesas. Tengo que describir porque no sé cómo más tenerte. Rocé las yemas de los dedos una vez por el borde de la última hoja y regué el negro errante. Sentí náuseas.

Tocarte es palabra que suena a ti. Es aguda y redonda a la vez, y entre sus picos negros se ha-

llan globos que ruedan y ruedan cuerpo abajo, como tú. No puedo hacer mucho más para aproximarme a tu centro. Tocarte extiende el hilo conductor hasta un valle, donde reposa, como tú descansando en mi piel, tu mejilla que no es mejilla sino cosa eterna durmiendo en los nudillos de mi mano, tu aliento llenando montes y cráter hasta que no aguanto más y tengo que abrirte, cosa mía.

Toco cosas. ¿Qué daño hay en eso? Si incomoda a los demás, solo hay que voltear la mirada. Pero claro, las apariencias engañan. Yo no sólo toco, yo persisto en la cosa. Aquel especialista me tildó de hipotáctil, explicando que de ahí salía mi conato obstinado de palpar. Pero se equivocaba. Yo no sufro de condiciones neurológicas. Bastante he leído como para diagnosticarme sin miedo de errar. El toque me da placer, un placer continuo y extenso. Hay una ría que crece con mareas predecibles, y ahí toco y jadeo y siento felicidad al distinguir --y créeme que los distingo-- uno a uno, los átomos que se desprenden del objeto de mis afectos. Cada cilio de hoja, cada poro invisible de metal golpea mi retina y retumba en ecos teselados en las yemas de mis dedos. Y entonces, ¡qué alegría improbable! ¡Qué calma obscena! Mi amor está en todas partes. Mi cosa amada.

Mis ojos ruedan y se regodean por cada su

perficie.

Mahón, hierro, pelo, piedra, polvo, tierra, vidrio, algodón.

Seda, acrílico, grama, ladrillo, mohó, caucho, plástico, flor.

Cuero, rotos, barro, ay, filamento de bombilla, aserrín.

Plomo, cemento, sexo, crema, agua carbonada, tallo, papel.

La pluma de un cuervo.

El tejido crispado y estrecho de las alfombras de oficina. El mármol que suda aceite. La colilla tibia de un cigarrillo lanzada al azar. El acero oxidado de los cuchillos agrestes. La vena muñida, la que cede suavemente justo debajo de la piel calentada. Tu vena.

Tocar no me incapacita. Tengo empleo y con qué comer. (Curiosamente, tragar no pertenece al mundo del tacto. Sé que hay gente que percibe cada coyuntura, y hasta algunos órganos dentro de sí, pobres diablos, y aunque a veces experimente un poco de envidia al no ser dueña de una vida de plena interopcepción, me conformo con sentir solo por fuera). Y sí, reposo en el sitio gris de la satisfacción. Con tal de que me dejen tocar en paz estoy contenta.

Sé que algunos me tienen pena. Trabajo co-

mo coleccionista de peajes en la autopista. Escogí ocuparme así porque no tengo que interactuar con nadie más que por unos segundos a la vez, lo que me deja libre para perseguir mi pasión dentro de la cabina sin que me molesten. Trabajo de noche, cuando el tráfico es más liviano. Todas las noches traigo dos o tres cosas que he escogido casi sin pensar, y me encierro con ellas, anticipando con júbilo la sorpresa que me depararán. Esta noche contamos con un oso de peluche, unos audífonos rotos y una mini falda de rayón que llevaba años sin ponerme y que he sacado del fondo del armario esta mañana. Me siento en mi silla de aluminio, que tanto gusto me ha proporcionado, y me pongo a buscar al amante obcecado que se me esconde en la cosa. Hay que seducirte, convencerte de que salir también será tu placer.

¡Tú, que no sientes mi deseo! Si pudiera me hilvanaría en ti y no saldría sino para respirarte. Cosa que llenas. Hoja, leche, tela, sal. No quiero que tengas manos, no quiero verte. Te quiero en mí, completo, completa, mi cosa, llenando cada párpado de miel.

Dice:

Estás ocupada. Unas luces de automóvil se acercan a baja velocidad, como si su movimiento dependiera de unas últimas gotas de gasolina.

Maldices el inoportuno: es de esperar que algún auto pase por aquí a esta hora, pero te molesta tener que postergar tu reunión ansiada para cobrarle 75 centavos a quien sea. Y no te gusta que el carro se acerque tan lentamente, casi en tentativa, desigual. No quieres tener que lidiar con dar direcciones a la gasolinera más cercana y mucho menos con la policía. A veces estos conductores no quieren nada bueno. En más de una ocasión te han hecho perder el tiempo, y una vez hasta tuviste que reportar un ataque, no porque quisieras, sino porque la cámara lo había registrado y te habías visto obligada a ponerlo en récord. El hombre acababa de robarse el auto y, en una euforia etílica que pudiste comparar a tu propia manía de sentir, había entrado a la cabina y en ti, tres o cuatro veces nada más, hasta por fin desistir. Salió de prisa, tambaleándose por la curva de concreto, volvió a montarse en el carro que medio había arremetido contra el muro (aún hoy se ve la marca del choque, el repintado hecho a medias) y nunca más se le volvió a ver.

Piensas en todo aquello mientras se acerca este carro. Va bajando la velocidad casi imperceptiblemente, como si nunca fuera a llegar, la mitad de la mitad de la mitad del tramo recorrido así, hasta el infinito. Por fin borbotea un reflujo de

humo y aceite y se queda parado a unos pies de la cabina. Este carro se ha quedado varado, piensas, como quien mira una puesta de sol cualquiera y trata de inyectar valor a lo observado. Tú, que muy bien sabes que esta cosa que ves ni lo tiene ni lo necesita. Igual que un atardecer. ¿Qué harás ahora? ¿Fingirás esa curiosidad cortés que usas cuando te piden ayuda? Sales de la cabina, lamentando tu mala suerte, acordándote de esconder el osito y la falda debajo de la silla, por si se repite la visita forzosa. No quieres tener que contestar preguntas impertinentes. Te acercas al chofer: el pobre se ve pálido, sudoroso, y te mira con ansiedad. “Qué pasó necesita algo se quedó sin gasolina”, le preguntas como haces tus preguntas, así, declarando en vez de preguntar, la cabeza ladeada y la voz en bemol. El hombre abre la puerta con un esfuerzo que te parece descomunal. Te das cuenta que desde este momento en adelante todo acto te parecerá así, desmedido, porque los hechos no concuerdan con sus motivos. Una cosa blanda se desliza del borde del asiento delantero. La ves y enseguida la sientes, como si la estuvieras tocando, como si fuera yo.

Responde:

Quiero quedarme ahí, meciéndome en la caricia de esa tripa, en ese segundo desdoblado

que ocurre justo antes del venirse. Pero el tiempo traiciona y tengo que salir de mi gloria para atender al dueño de la herida, que no parece notar mi deseo. ¡Son tan pocas las veces en que ocupó el espacio diminuto de una náusea feliz! Trato de beberme la imagen como lo hice aquella vez lejana, cuando vi aquel vientre florido en el sofá, bultos de carne y muslo untuosos, rosados como esa manguera que ahora sale de la ijada del conductor. Ahí, cuando deseé, en la repulsa. Entonces, al instante, vuelvo a estar frente a otra tromba, violeta ésta, hermosa bajo el reflejo de la luz y las moscas que ya comenzaban a sobarla, la panza destajada de ese mi caballo, el derrame brote y flor de su interior. El choque entre baba y concreto, el júbilo quieto, el calor y el pelaje, los ojos abiertos, incrédulos como los del hombre que ahora me mira con peticiones que yo no tengo interés de acoger.

Del herido sale una bocanada muda. Suda un poco más, y noto que está tratando de decir algo. No pide ayuda. Más bien parece como si me quisiera contar lo terriblemente inaudito de su caso, como si me quisiera explicar que la mala racha que viene sufriendo hace días culminó hoy, como si tuviera unas ganas enormes de narrarlo todo antes de derretirse ahí, frente a la cabina.

Querida, llevo siglos esperando. No busco, porque así no funcionan las cosas (la cosa que deseo, que espero que llegue a mí y que se quede, eterna como es la cosa que amo, querer sin búsqueda, amar sin querer) y aquí yazgo, esperándote. Te toqué en la página, te bebí en instantes, pero no te quedas: te me vas al momento de asirte. Y aquí me encuentro, justamente ahora frente a este cuerno de mi abundancia, y creo verte ahí, en carne y sangre y sal. No puedes culparme por lo que hago, querido.

Dice:

Das tres pasos hacia el ser que será víctima si lo permites. No ves a nadie más; no viene ningún vehículo y las luces entrecortadas de los dos postes más cercanos apenas dan para distinguir entre aire y piel. Sin decir palabra, pero con un cariño que no creías capaz de dibujar para nadie, te agachas para recoger el tubo de carne suave, lo desempolvamos con cuidado y se lo pones en el costado, luego de haber bajado la parte de atrás del asiento para que el cuerpo esté más cómodo, y en todo instante miras fijo al hombre, que te cuestiona y te agradece, sin decir palabra.

Entonces caminas hacia la cabina y sacas tu silla de aluminio. La arrastras hasta ponerla justo enfrente de la puerta abierta del carro, las patas a

unos milímetros de la mancha de albumen aún fresca en el asfalto. Y te sientas a mirar.

Responde:

Me siento a mirar. Ya son dos cosas enormes, sentarse y mirar. Anclada aquí, frente a este goce que me durará toda la noche si lo dejo, sola y contigo en mi goce. Al instante me lo trago todo, todo lo que veo que retumba en las puntas de los dedos para recorrer el nervio largo y amplio que llega hasta un germen. Al instante se derrama algo caliente la bala golpea y late el borde del metal oxidado que conecta con el rueda deshecho del pantalón del hombre sentado no sentado como yo sino postrado ya lo siento y me siento y así toco y veo y al ver al mirar toco los ojos tocan su entorno y el aire los roza como yo que me acerco bien poco a poco mitad de la mitad de la mitad hasta meter una mano en la llaga tibia y rasgar la membrana y sentir la gloria mientras el hombre me deja hacer tocar amar al instante.

Dice:

Estás ocupada. Ha empezado a llover y el ruido blanco de los vapores amplifica los sonidos que hacen eco en la autopista. Por eso es que escuchas los tres carros mucho antes de verlos: tres interrupciones terribles. Por qué siempre pasa así, te preguntas, por qué siempre pasan tres a la

vez, cuando antes no pasaba ninguno, por qué siempre es así de madrugada. Si aquí por fin me tienes, tela y leche, la cosa que ansías, la que quieres arrestar.

Llevas tiempo en tu labor. Tocas minuciosa, atenta, con fervores que nadie más me da: yo, quebradiza y mullida en tu mano. Pero hay circunstancias nuevas ahora, y te ves obligada a voltearte. En el segundo antes de hacerlo notas que el hombre, que hasta entonces ha estado quieto, se inmota, haciendo un esfuerzo otra vez descomunal, y alarga la mano para detenerte ahí, para que no pares de hacer, y esa mano en tu muñeca se aferra y enseguida desfallece, dejando una marca rosa mojada que preferirías nunca borrar.

Notas que me esfumo. Más bien lo intuyes, como lo has hecho otras veces en el momento en que te cortan el sentir. A menudo el corte viene de afuera: suena la bocina del vecino, un niño se resbala y cae. El corte se interpone y te ves obligada a volver a un cuarto dormido, de esquinas

embotadas, y me pierdes. El corte de ahora es así. De tres ventanillas se alargan tres cuellos ávidos el morbo seis ojos se abren en flor la alarma dos bocas dibujos un rictus el asco idéntico repetido. Te han visto. Ahora vas a tener que dar explicaciones. Soy cosa pero conozco la voluntad; sé muy bien que te tienes que desenganchar de tu faena y no quieres; entiendo que sigues, sigues tocando, sabiendo que alguien inevitable e indignado te halará por detrás y te sacará de allí, del placer que te llegó con esta ofrenda donde me palpas.

Pero esta vez no vas a parar. Me tienes ahí entre los dedos, canica que rueda y rebota, tinta negra, semilla rota. No es metáfora, querida: soy estas cosas, y hoy puedes verterte en la cuenca que te ofrezco, hacerte tú misma un globo denso y acurrucarte, enroscada, en un grano eterno de tocar.

Las luces y los cuerpos se abalanzan sobre ella.

## EL SEIS

### LA CHICA DE BUCÉFALA

**E**n la ciudad de Bucéfala la conocí, además de ser cortesana, movía muy bien las caderas y el vientre. Yo era un salteador de caminos, que lo único que tenía para ofrecerle eran monedas ensangrentadas, pan de centeno, y un poco de opio.

Me preguntó con voz de luna: ¿De dónde eres Adrijan?

¡Soy de Bactriana!, contesté.

Ella tenía los pezones erectos y duros, y de la boca brotaba miel. Yo tenía el falo encendido y feroz, y mis ojos brillaban.

Nunca se me ocurrió saber el costo de sus placeres, mucho menos sus cualidades para tales menesteres, pues su don y maestría eran evidentes.

Después de comer y degustar el humo fresco y alucinante, nos quedamos viendo como dos contrincantes. Se subió sobre mí, buscó mi pene, lo introdujo a su vagina, y juntos cabalgamos

buscando el Olimpo...

### LLEGÓ DALISA

**L**legó Dalisa hasta mi cama, envuelta en llamas de pasión, temblaba y ronroneaba. Vacía la cama. Yo había volado en búsqueda de su hermana pues, siempre me esperaba con las piernas abiertas, los pezones erectos, y la piel erizada...

Dalisa y yo hacíamos el coito a diario, y tumbábamos el cielo, con nuestros movimientos, gritos, gemidos, y palabras sin "sentido".

Su hermana, creo que se llamaba Daniela, olía desde kilómetros a mis besos, a mi saliva, a mi vaho, a mi aliento, y a ese perfume inconfundible de mi semen. Yo estaba dentro de ella, no sólo cuando la penetraba, cuando la hacía mía,

sino también: habitaba las nubes de su cerebro siempre...

Ambas hacían como que no conocían los hechos apasionados, porque me necesitaban tanto, como yo a ellas...

Éramos un trío voluptuoso.

¡Pervertidos!, gritaba una mujer sin rostro, que vivía en un departamento viejo, con olor a col y cebolla.

## ALEXANDRA PAGÁN VÉLEZ

### MARÍA

**M**aría despertaba automáticamente a las 5:30 de la mañana. Caminaba descalza y desnuda. Su perrita siempre se levantaba con un gozo de cola y nariz fría. Se le pegó a la pierna y no paró de chillar hasta que ella la acarició. Se sentó a orinar y escuchó que algo cayó en la taza. Extrañada observó un coágulo que le anunció que cayó en menstruación antes de tiempo. Se limpió y procedió a colocarse su copa, cepillarse los dientes, arreglarse y salir a desayunar. Sintió una punzada en el vientre, un poco hacia el lado izquierdo, muy molesta. Al principio creyó que tenía algún tipo de mal estomacal, pero nada en su cuerpo le confirmaba la teoría. Siguió su rutina como le era habitual y trató de indagar qué pudiera producir tal incomodidad, pero bien podía deberse a múltiples razones. Su periodo menstrual fue muy breve: dos días, y siguió sintiendo esa extraña punzada.

Luego vino un fluido acuoso y rosado

nunca experimentado tras tener sexo con un amante de ocasión. No le dijo nada a él. Se encerró en el baño, se limpió, trató de disimular su temor. No lo quiso volver a ver. Él la llamó como quien teme haber cometido un error y quería disculparse, pero ella incluso bloqueó su número y su cuenta de las redes sociales. Corrió a examinarse. Nada peor que creerse enferma, que sentirse sucia por dentro. Cáncer, enfermedades venéreas, un trastorno hormonal, podía ser cualquier condición. Mas saberse posteriormente sin enfermedades y en perfecto estado natural la consoló.

Tal alivio no duró mucho. Una tarde buscó el vibrador en su gaveta y la computadora para ver algo de pornografía, masturbarse y bañarse. Se quitó los pantalones y de una patada los tiró a la esquina de la habitación. La perrita se acocó tranquila en los pantalones. María buscó el video de una orgía y se acarició. Se bajó el panti; se sintió mojada, con el dedo del corazón presionó su clítoris levemente y lo acercó un tanto a su vagina. Le

sorprendió tanta humedad, cuando fue a tomar el vibrador se percató de que era sangre. No era la acostumbrada sangre menstrual, era más líquida, como si se hubiese cortado. Sin embargo, la falta de dolor y la copiosidad de la sangre la confundían. Cerró la computadora sin terminar. Josefina, la perrita, dormitaba tranquila.

En el baño se examinó, se duchó y nuevamente vio caer un coágulo que desapareció por el desagüe. El agua caliente la relajó un poco, pero no pudo descartar la preocupación. Cuando se secó vio la toalla mancharse con una mucosidad viscosa y apestosa. María lloró. Esa noche soñó que corría por un túnel muy oscuro. Palpaba las paredes para tratar de dirigirse y no tropezar, pero estaban empapadas de una viscosidad que le recordaba que estaba podrida, que había muerto hace días. Despertó sobresaltada. No pudo dormir bien.

Un sonograma endovaginal, un Pap, un examen de la cervix y: “todo está bien. Tal vez harte exámenes hormonales, llevar un diario en el que anotes los cambios con detalle, tal vez es algo de la edad. Estás madurita, María, ¿por qué no has querido tener hijos? Regresa en dos semanas.”

Regresó en el tiempo acordado, el diagnóstico era alentador: un quiste hemorrágico y la po-

sibilidad de una infección en el canal vaginal no transmisible. Le explicaron que encaja perfectamente con la sintomatología. En un mes se volvería a examinar. Esa noche celebró con un DJ. A la mañana siguiente, a eso de las 6, lo despidió. Otro coágulo cuando fue al baño. Ya no pudo soportar más. Acabó su libido, su vida social, su normalidad; el sueño se había vuelto realidad.

María se volvió ermitaña, hasta negoció los términos de su contratación para realizar la mayor parte de las tareas laborales en su hogar. Josefina estaba contenta. Su cola y constante correteo con sus juguetes preferidos lo demostraban. Consecuentemente, las visitas a la ginecóloga se volvieron copiosas; innecesarias, le aseguró la doctora. Pero María despedía un fluido cremoso, los dolores eran más agudos y no soportaba usar pantalones. Le recomendaron un endocrinólogo y un psiquiatra.

Una noche la despertó un espasmo en la espalda baja. Fuera de su cuarto, tras la puerta, Josefina ladraba sin parar. María trató de hacerla callar, pero una punzada desgarradora parecía querer acabar con su vientre. Ambas estaban desesperadas. María sintió la cama mojada, como si se hubiese orinado, se palpó la vagina y algo la cortó. Retiró impulsivamente su mano y empezó a hi-

perventilar. Tenía algo punzante en su canal vaginal, le sobresalía de su vagina. Apenas podía moverse porque se cortaba, podía sentirlo en sus muslos. Gritó aterrada, finalmente algo la rasgó. Su canal vaginal ardía y sintió que salía de ella más líquido. Entonces se incorporó tratando de mitigar sus gritos. Desde adentro algo la lastimaba. Su cama tenía pequeños charcos sangrientos que la afligían y apenas podía moverse sin sentir esas terribles punzadas.

Josefina comenzó a rayar la puerta con sus patitas. Chillaba. Tiene la audición muy sofisticada y su olfato percibe nuevos olores, muy extraños para su sensibilidad canina. María sintió de pronto sus caderas abrirse. Se agarró de las sábanas como si fuese lo único con lo que podía salvar la vida que creía que se estaba escapando en cada punzada, en cada temblor de pelvis. En cada puñalada del vientre creía que moriría, pero de repente sintió que expelió algo de su vagina. La áspera expulsión de un bulto le hizo sentir una mezcla de sosiego, asco y terror. Desorientada, trató de enfocar. Aquello se movía, era como las ratas topo que vio en un documental sobre los animales más raros del mundo. Se trataba de una masa pequeña, cubierta de moco cervical sonrosado, en cuatro patas y sin nada de pelaje. Eso,

que era más roedor que humano, le salió de adentro de su cuerpo, de su cervix. Lo parió. Los grandes colmillos de esa bestia fueron los que la hirieron. La echó como cuando le salen las bolitas de hacer Kegel, como cuando ya su vagina no soporta su juguete sexual. Empujado, parido, expulsado. Pero eso no redujo el espanto, sino que lo duplicó.

María dio alaridos. Su cuerpo estaba tan lastimado que cuando trató de incorporarse, una molestia en la espalda baja la obligó a recostarse y mirar con detenimiento esa cosa que ahora se le trepaba por la barriga hacia los pechos. Ella gritó con todas sus fuerzas y sus chillidos de algún modo afectaron a la criatura que emitió un aullido tan agudo que a María le dolieron sus oídos. El zumbido la abrumó, y el horror la hizo desear morir. Si no fuera por el dolor, pensaría que se trataba de una pesadilla, una continuación al sueño que tuvo noches anteriores. Pero no, la bestia estaba allí, ese bulto animalesco, monstruoso, apestoso y horrible, estaba encima de ella y había salido de dentro de ella cortándole su vagina, sus labios vaginales y sus dedos cuando lo palpó por puro reflejo. Las patas la rayaban, pero al mismo tiempo —no pesaba mucho— producían la sensación de una cucaracha tocando la piel. Estiró la mano co-

mo para apartarlo, los colmillos largos que le sobresalen de las fauces son tan afilados como un bisturí. Tenía unos ojos pequeñitos que le devolvían la mirada con cierta devoción, pero María gritó. De un manotazo lo tumbó de la cama.

Entonces, la cosa se trepó una vez más en su vientre y, de allí, saltó al busto. Restregó su cabeza entre los senos, y los colmillos desgarraron la blusita, que rápido se tiñó de rojo. Abrió el hocico para pegarse a los pechos sangrantes. María no se imaginaba morir así. Su escándalo despertó a los vecinos. Comenzaron a aporrear la puerta. “María, María, ¿qué pasa? ¿Estás bien? María, voy a forzar la puerta si no respondes”. La criatura se volteó en dirección al ruido que provocaban los vecinos desconcertados. El continuo golpe en la madera y el grito escandaloso de la vecina asustó al animalejo que, de dos saltos, llegó a la ventana de la habitación y, con otro más exagerado, desapareció. Tapándose la boca, María resopló tratando de exorcizar aquello que la tenía poseída, encerrada en un pánico que solo lo sufre quien se cree contaminada por algo desconocido, pero letal. Josefina ladraba incontrolable. Insistía en lla-

mar a su ama, que estaba atarantada, sumergida en el pavor. Una vez pudo levantarse, María caminó rumbo a la ventana, dejando un hilo espeso de sangre marrón. Al asomarse no vio nada. Ningún rastro de la cosa esa. Solo divisó la ciudad tranquila e indiferente: el tráfico habitual, las luces, los transeúntes de paso. Se sintió mejor porque concluyó que ya lo que la aquejaba no estaría más. La normalidad prevalecía en las afueras. María se palpó la vagina y, luego, el vientre. Todo parecía haber terminado. A pesar de las laceraciones, sintió que su cuerpo estaba en reposo. “Ya no está, ya el monstruo no está,” pensó. Los vecinos derrumbaron la puerta de pronto. Josefina los recibió con su alegría acostumbrada, tal vez con algo de perturbación. A lo lejos se oyó un chillido. María sabía bien lo que era. Advirtió cómo sus senos se hinchaban y electrificaban con cada alarido de la criatura. Se tapó la boca, ahogando el grito.

Los vecinos y Josefina llegaron hasta ella, que yacía en el suelo trémula, escandalizada y con sus senos listos para amamantar al animalejo que seguía aullando en la distancia.

## STEFAN ANATOMATEI

### EL 32 DE MAGIC

**E**l viento le avisaba al árbol de almá-cigo que pronto llovería. Fresca humedad invadía el olfato. En unos segundos sentiría la marcha de aguas sobre la piel del zinc. Hoy no jugaremos baloncesto, pensé, sentado en calzoncillos en la esquina de mi cama mirando a la ventana.

Escuché una bola de baloncesto y el sonido hueco que hace al retumbar sobre el cemento. Escuché mi nombre. Escuché la lluvia anunciada. Salí a la puerta, era Wallie quien entró de prisa. Wallie era el mejor baloncelista del barrio, alto, como un pie más alto que yo y de un cuerpo que llevaba quince años entrenando. Yo era más joven pero desde niño tenía el cuerpo desarrollado, más alto que otros de mi edad, más grande en todos los sentidos. Mamá y mi hermana les decían a sus amigas que para mi edad, entonces 10 años, yo era bien grande.

Le quité la bola a Wallie y la driblaba en la sala. Me preguntó si podía tomar agua y le dije

que sí, que había agua fría en la nevera. Se quitó la camiseta amarilla con el número 32 de Magic Johnson. Caminó a la cocina y bebió medio vaso antes de retomar la respiración. Llevó el vaso a la boca otra vez, la manzana de su garganta engullía mientras sus ojos me miraban a los lados del vaso. Notó mi calzoncillo y lo encerrado en él.

Respiró otra vez y me preguntó si estaba solo. Le dije que sí, que mamá estaba en el trabajo y mi hermana en la universidad.

-Me voy a vestir- le dije.

-¿Para qué? Hoy no vamos a poder jugar y esa lluvia lo que va a sacar es el vapor caliente de la calle. Ponte mi camiseta de Magic, me sugirió siguiéndome. Yo no tenía camisetas de la NBA, mucho menos la de Magic, o la de Larry Bird; mamá, la verdad, no podía comprarlas. Me paré frente al espejo del pasillo y me puse la camiseta 32 de Magic. Me quedaba larga, un poco por encima de las rodillas. Parecía más un traje con manguillos de los que usaba mi hermana que una camiseta de baloncesto. Wallie tiene que haber venido corriendo hasta aquí porque la camiseta tenía un aroma no

desagradable a almizcle, olor que la alquimia crea entre el sudor y la lluvia sobre la piel.

Huele a ti, pensé. -Quédatala puesta, contestó Wallie a mi pensamiento. -Cuando me vaya, o si llega tu hermana, entonces me la devuelves. Alegre, driblé la bola hasta mi cuarto. Yo era Magic Johnson y necesitaba encestar los puntos más importantes del partido, aunque fuera en la canasta de ropa sucia.

Nos sentamos en mi cama a hablar de la NBA y de cuál era el mejor equipo. Yo, el negrito del barrio, era loco con Larry Bird y los Celtics de Boston. Él, el canito de ojos claros, era fanático incondicional de Magic Johnson y de Los Ángeles Lakers. Debatimos por la enésima vez quién era mejor. Entonces vacilamos que podíamos apostar para resolver el asunto. Así, en la discusión, acabó acostado a mi lado, su cabeza contra la pared y sus piernas largas dobladas en las rodillas al filo de la cama. Yo, opuesto a Wallie, me acosté con la cabeza al filo de la cama y con los pies reclinados sobre la pared.

-Alguna vez has visto a tu hermana o a tu mamá... ¿tú sabes?

-A mami no, pero a mi hermana y al novio sí. Claro, los he manga'ó varias veces.

-Pero, ¿desnudos?- me preguntó Wallie.

-Chico no. La he cogido besándose y tú sabes, en el toqueteo.

-Yo me ligué a mi hermano con la novia y estaban los dos esnús. Y a mami, no la he visto, pero el novio nuevo hace ruido con cojones. ¿Tú sabes algo de sexo?, me preguntó Wallie.

-Pues claro. ¿Qué tú te crees, que yo soy un nene chiquito?

-Bueno, quizás no seas chiquito pero lo más seguro todavía no te mojas. ¿No?

-¿Cómo que no me mojo?

-Qué todavía no botas leche.

-Pues claro que sí. No mucho, pero sí boto algo, le contesté.

-Ay paquetero, tu todavía no puedes botar nada. Yo sí que boto leche. Cuando me hago una puñeta, chacho, me sale un montón. Tú todavía no te masturbas, ¿verdad?

-Chico, pues claro que sí.

-Ay, no te creo. Y en qué piensas, ¿si no has visto ni a tu hermana ni a tu mamá?

-Qué sé yo. ¿En qué tú piensas?

-Yo, chacho, ahora pienso en la novia de mi hermano que está bien buena. Tiene unas tetas duras y paraditas y tiene mucho pelo allá abajo. ¿Tú tienes pelo allá abajo?

-Chico, pues claro que sí.

-Ay, no te creo.

-Bueno, no mucho pero algo.

-Paquetero. Tú ni te masturbas, ni botas leche, ni tienes pelos allá abajo.

-Pues claro que sí.

-¿Y en qué piensas? ¿Tienes revistas de mujeres? Tu hermana o tu mamá deben tener revistas por ahí escondidas.

-Pues claro que sí. Mamá no, pero mi hermana tiene una en el closet del cuarto que esconde debajo de las libretas viejas de la escuela. Tiene muchos tipos desnudos pero también tiene unas mujeres que están bien buenas.

-¡Búscala!, dijo Wallie.

El miraba la revista detalladamente comentando cada página y las fotos que le parecían más atractivas y las que le parecían porquerías.

-Mira el bicho de este pendejo. Lo tiene más chiquito que un bebé, lo más seguro lo tiene más chiquito que tú. Llegando a la mitad de la revista, Wallie se metió una mano en el pantalón.

-No te molesta, ¿verdad?

-Si quieres, tócate tú también. Esto es algo que los hombres hacemos.

Yo también metí la mano en el calzoncillo y me tocaba al compás del pasar de las páginas. Observaba los ojos claros de Wallie deleitándose en

cada foto. Al poco tiempo y ya antes que hablara, podía detectar cuando le atraía alguna foto, fuera de hombre o de mujer. Ahí, pasaba más tiempo mirando la foto y se tocaba con más ganas.

-¿Quieres verlo?- me preguntó.

-¿Ver qué?

-El mío. Lo tengo listo para la de esta foto. ¿Quieres verlo?, me volvió a preguntar.

-No sé, le contesté.

-Mira, me dijo mientras empujaba su pantalón de baloncesto hacia abajo. Primero vi su calzoncillo blanco, luego unos vellos color marrón rojizo y entonces fue apareciendo poco a poco una masa dura, ancha y blanca, la más blanca. Se detenía pulgada a pulgada, una a la vez, viéndosele más largo, grande y fuerte. Alzó sus caderas y tiró el pantalón y su calzoncillo debajo de sus nalgas. Rígido, derecho y fuerte quedó descubierto el pene más grande y hermoso que había visto. Ningún hombre en la revista de mi hermana lo tenía ni tan grande, ni tan blanco, ni tan fuerte como el de Wallie.

-¿Lo quieres tocar?, me preguntó.

-No, le contesté mientras lo observaba deslizar su mano sobre su larga masculinidad.

-A ver el tuyo.

-No me atrevo, le contesté arrepentido de no ser

tan hombre como él había sido.

-No te dé vergüenza. Por lo que veo, en ese calzoncillo hay algo que no es chiquito. No te preocupes por nada, esto es cosa de hombres. Yo no voy a decir nada y tú tampoco vas a decir nada.

-Dale tú, le sugerí.

-Aguanta la revista con las dos manos. Escoge la foto que más te guste. Mírala de cerca y no cambies de página ni cierres la revista hasta que yo te diga.

Seguí las instrucciones de Wallie. Él no volvió a hablar y yo tampoco hasta que se levantó para ir al baño y regresó diciéndome que ya podía cerrar la revista. Me preguntó si sabía a qué hora era el juego de los Lakers contra los Celtics. Le dije que a las ocho en el Canal 2.

-No me lo puedo perder, me dijo.

-Yo tampoco. No me lo perdería por nada en el mundo, le aseguré.

Pasaron varios días de sol y de juegos y torneos de campeonatos fantasiosos entre los muchachos de la calle y en la cancha de baloncesto. Una tarde de nubes, después de la escuela y antes de salir a jugar, Wallie llegó a la casa llamándome con su bola de baloncesto. En el cuarto, antes de salir y a toda prisa, me quite los tenis, las medias, la camisilla y el pantalón de baloncesto que tenía

puesto.

Llegué a la puerta en calzoncillos. Me preguntó si podía tomar agua y le dije que sí, que había agua fría en la nevera.

-Te presto mi camiseta de Magic si me prestas la revista de tu hermana.

-Sí, pero tiene que ser aquí porque no puedo sacar la revista de la casa.

Ya tenía experiencia. Abrí la revista en mi foto favorita y no la cerré hasta que Wallie regresó del baño. Él también tenía su rutina.

Me tocaba sobre el calzoncillo. Ponía la palma de su mano caliente y me acariciaba suavemente una y otra vez hasta que sentía mi músculo erecto y atrapado. Lo medía con sus dedos, el ancho y el largo, una y otra vez lo medía sobre el calzoncillo hasta que volvía a frotarlo con la palma de su mano. Ya entonces, con ambas manos me conducía a levantar las caderas mientras deslizaba el calzoncillo sobre mis muslos. Parecía estudiarme mientras me acariciaba con sus dedos desde el ombligo hasta el final de mis testículos. Volvía a medirme con sus dedos y me lo movía de atrás hacia delante y hacia atrás otra vez como una palanca de cambios. Hacía un movimiento de pulpo que era mi preferido, sus dedos circulando el miembro mientras su palma caliente se posaba

sobre la cabeza. Con su mano grande me masajeaba de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba. Podía escuchar entonces su manzana engullir, presagio a sentir su aliento sobre mi pene, como si el viento le avisara al almácigo que pronto llovería y el olor a la humedad frondosa invadía y la marcha de aguas sobre el zinc advertían la leche que me sacaría de lo más profundo de mis deseos. Hoy no jugaremos baloncesto, pensaba, aspirando el almizcle de su camiseta.

En aquella época mi vecindario no tenía Cable TV y tan sólo había tres canales de televisión.

Cuando no se estaba en la escuela, se estaba jugando en la calle o en el parque. Y cuando no se estaba jugando, estaba uno sentado mirando jugar a otros o descansando con los compañeros de equipo luego de varias horas de ejercicios y competencias. Era entonces, creo yo, una vida más saludable. A los dieciséis Wallie se hizo de una novia, la hermana de la novia de su hermano. Supongo que ella también tenía revistas. Pero eso son cosas de hombre que no se dicen. Yo me quedé con el 32 de Magic y, a veces, en días de lluvia, me la pongo y pienso en él.

*a Oscar Wilde*

# ROCÍO TAME

## LA PÉRDIDA

Cuando me desvestí para bañarme, no lo podía creer. Algo me faltaba y mis nervios se tensaron como cuerdas de violín. De momento no supe de qué se trataba, pero tenía que averiguarlo cuanto antes. Llena de ansiedad comencé a recorrer las partes de mi cuerpo: cinco dedos en cada mano y en cada pie; ojos, nariz, piernas, brazos. Me miré en el espejo: senos, pubis, todo en su lugar. Sin embargo, aún la sensación de pérdida me agobiaba.

Entonces me fijé con más detalle, repasando meticulosamente cada centímetro de mi piel y... por fin lo descubrí. Mi vientre estaba más liso que de costumbre. El hoyito reluciente y coqueto se había borrado sin dejar huella. ¿¡Qué pasaría con mi ombligo!? exclamé con trabajo, a media voz. ¡Mi ombligo, mi ombligo! ¡No puede ser! ¿cómo voy a vivir así?

Perdí el hambre, el sueño huyó de mi almohada. Mi querido ombligo había desaparecido, lo cual significaba un insalvable problema,

pues llevaba dos meses trabajando como bailarina en un centro nocturno y, por supuesto, la danza del vientre era la principal atracción ¡Qué iba a hacer!

No quise hablar del asunto con nadie. En el trabajo me reporté enferma de neumonía y conseguí, con escabrosas artimañas, una receta médica que una amiga doctora, a la cual no veía hace tiempo, después de pensarlo mucho me entregó con algo de extrañeza y mucha desconfianza.

Era desesperante, pero mi ombligo no debía andar lejos, de seguro en algún rincón de mi propia casa. Busqué afanosamente, en los huequitos más recónditos, en los cajones más inaccesibles, en los resquicios olvidados, hasta que perdí la fe.

Sólo faltaban diez días para que se venciera la incapacidad. Pronto debía idear algo y lo mejor que pensé fue pintarme uno, lo más parecido que se pudiera al original. Necesitaba un modelo y ahí

empezó el obstáculo. Soslayando las miradas burlonas y llenas de sospechas de la voceadora, las cuales me colocaron por un instante en el centro de una desamparada intemporalidad que le brindaron la satisfacción de instalarse, un par de segundos, por encima de mí, compré varias revistas Play boy, y una Play girl, pero me decepcioné al comprobar que en todas ellas los ombligos eran lo menos vistoso. No tenía otro remedio que realizar un viaje relámpago a la playa y, sin titubear, me fui a Acapulco en el primer vuelo que conseguí.

Muchos ombligos pasaban a mi lado, pero tan fugaces que no alcanzaba a captar alguno con detalle. Hasta que vislumbré a un grupo de muchachas que tomaban el sol con ese abandono hedonista, propio de la ficticia despreocupación que otorga el contacto con el mar, donde el tiempo parece suspendido en un suave viento que descansa apaciblemente sobre las olas. Me acerqué con la mayor naturalidad y me tendí muy cerca de ellas, aparentando incontenibles deseos de que la mano del sol acariciara sin prisa los contornos de mi piel y, con el mayor disimulo, observé los ombligos mientras mi mano se deslizaba con suavidad sobre un trozo de cartulina. Por desgracia, no pude ponerme el

bikini. Traía un traje de baño completo, algo incómodo.

Hice varios bocetos y después escogí el mejor que perfeccioné con esa habilidad innata que desde niña mis padres me habían descubierto para el dibujo y que, por desgracia, por falta de voluntad y disciplina, nunca llegué a desarrollar.

Regresé de inmediato a la ciudad. No me fue difícil trasladar la figura a mi abdomen, pero... se veía tan artificial. Sin embargo, desde una distancia prudente nadie notaría la farsa, pues en lo que la gente menos se fija es precisamente en el ombligo. Todos los días tendría que retocarlo con tinta indeleble.

Me presenté a trabajar y, en apariencia, todo transcurrió dentro de los parámetros normales, hasta que un día advertí que Gladis, una de mis compañeras más punzantes y destructivas, poseedora de una implacable e insaciable envidia, y un velado complejo de inferioridad que, sin excepciones, inyectaba su ponzoña al menor estímulo, se fijaba en mi vientre con insistencia. Yo me hacía la desentendida y empezaba a moverme con cualquier pretexto, para no darle ocasión de comprobar su sospecha, pero no podía estarme cuidando de ella en cada minuto y, de pronto, se desató el rumor: mi ombligo era pos-

tizo.

Todas las chicas me empezaron a mirar con mezcla de burla y desconfianza. Perdí la tranquilidad y lo incómodo de mi situación alentaba síntomas de abatimiento.

No podía estar a gusto y me volví insegura. Sudaba en los momentos preescénicos cuando las bailarinas esperábamos nuestro turno en los pasillos. Me tapaba el ombligo con cualquier excusa y no puedo explicar mi desolación, mi vergüenza, cuando mis compañeras me sujetaron, entre todas, cerca del camerino, y me metieron a empujones para observar de cerca mi vientre que ya me resultó imposible esconder.

Gladis blandió una lámpara de mano que traía lista para sus malintencionados propósitos. Me vaciaron aceite de bebé, alcohol, hasta que mi ombligo se borró ante sus ojos, primero atónitos, y después sarcásticos. Me defendí alegando justificadamente que los senos de Olivia eran de silicón, las nalgas de Patricia y Emma viles y vulgares implantes, y que Gladis estaba reconstruida por completo y junto a tales horrores el pobre dibujo sobre mi cintura resultaba trivial. No se dieron por aludidas, como si sus postizas modificaciones corporales estuviesen dentro de lo normal, y mi carencia de ombligo fuera algo

infracumano.

Me deprimí tanto que otra vez tuve que reportarme enferma, pues un llanto convulsivo me apresó por siete días y siete noches, después de los cuales me sentí recuperada y aquella pérdida empezaba a perder importancia.

Abandoné ese trabajo, ahora me daba cuenta que no me satisfacía, y decidí buscar un empleo más acorde con mi personalidad. Un día mi hermana me telefoneó; el sábado por la tarde habría reunión familiar y mi asistencia era importante. Fue un descanso reunirme con los que en verdad quiero y olvidarme de aquella mala experiencia que desde entonces ya no quise recordar.

Al principio éramos una mezcla confusa que, sin distinción, intercambiaba impresiones y comentarios. Después de un par de horas, los grupos se disociaron conforme a intereses propios de cada sexo y edad. Las mujeres hablábamos de alimentación, cocina, hombres. Ellos chanceaban y bebían cervezas en el jardín, y los niños jugaban a las canicas.

Cuando salí por una cerveza observé a los niños. Extrañamente habían olvidado el celular, que no soltaban, y echaban bolitas en un hoyito bien hecho sobre un trozo de tierra despejada de

césped. Los contemplé por un rato, tomando mi cerveza, mientras ese hoyito me iba pareciendo cada vez más familiar. Sí, ese agujerito era mi ombligo, ¡mi ombligo! ¿Qué estaba haciendo ahí? Lo reclamé ante el azoro de todos, recriminando a mi sobrino Pepe, con verdadera alteración, que lo hubiera tomado sin mi permiso; pues de pronto recordé que él y su mamá me habían visitado la víspera de su desaparición. Me lo encontré en el baño, tía, me contestó mortificado y resentido, me

pareció perfecto para jugar a las canicas. Nunca imaginé que... No le permití concluir.

Recogí mi ombligo, lo eché a la bolsa, y me despedí de todos cuya expresión había virado hacia signos inequívocos de incredulidad y sorpresa.

Una tía me acompañó a la puerta. Celebraba mi sentido del humor. Abordé mi auto y, antes de arrancar, salió mi parentela para desearme buena suerte.

## ANDRÉ OBED BETANCOURT

### A NINO LE PASÓ ALGO

**E**l padre de Nino siempre le dijo que dijera gracias cada vez que se sintiera agradecido por algo bueno que haya pasado, a veces hasta cuando no pareciera ser tan bueno. Debería mirar aquello ocurrido y pensar si el evento merecía su agradecimiento y así Nino hizo siempre. El joven, que siempre le gustaba aprender pues su papa le enseñó que era la mejor manera de vivir la vida, se encontraba un día terriblemente enfermo en el hospital. Se encontraba acostado en una camilla esperando que lo atendiera el doctor con su familia esperando afuera en la sala. Al pasar una señora de mayor edad se percató de que se le había caído una pantalla de su oreja y otro caballero se la había recogido por ella, ella titubeando logró decir gracias, pero dos segundos más tarde de lo que él aprendió que solo tomaba una fracción de segundos. “Se espera y se dice gracias”. Nino entendió que esta era la manera correcta de hablar, y así, cada vez que el debiera decir gracias, se tardaba 3 segundos exactos,

con la mirada fija en la persona. Así estuvo un rato diciendo unas incomodas gracias por un tiempo en el hospital. Las personas le dejaban regalos, comida y ofrendas en su camilla. Nino estaba orgulloso de su altar.

El doctor atiende a Nino y le menciona lo bien que esta de salud según las pruebas de laboratorio preliminares y Nino lo interrumpe cada dos segundos para decirle gracias. El doctor le menciona que nunca es bueno sobre pensar las cosas y que debe siempre hablar lo que esté en su mente con confianza, firmeza y si titubeo. El muchacho no paró de decirlo como él aprendió correctamente, de la señora que tosía como metales cayéndose en una hojalatería, pero se quedó pensando en lo que el doctor dijo y este decidió hacerle otra prueba de exámenes, todo salió correcto, pero Nino seguía diciendo gracias, titubeando, como había aprendido. El doctor lo refirió a un terapeuta del habla inmediatamente después que le volvió a decirle gracias dos segundos

tardés luego de haberle dado la paleta del paciente bueno. El doctor comenzó a rezar a Cristo por los niños mientras bailaba bomba.

Cuando Nino llega a su terapia del habla dos semanas después, le preguntan porque se le hacía tan difícil decir gracias, en específico. A todas estas el niño está sometido a bajo una lupa gigante, una luz fluorescente y maquinarias filosas por todo su alrededor con un idiota a lo lejos gritando que algo estaba vivo, que algo estaba vivo. Él contestó que no había ningún problema, pues lo decía cada vez que era agradecido, era todo. El terapeuta lo miro profundamente y pensó si este era un niño prodigo o un imbécil. Le preguntó: "¿Qué te parece la muerte, pequeño saltamontes?" Nino le contestó que era algo natural, como le enseñó su padre, algo que es no es ni correcto ni incorrecto, solo existe y punto mientras su mamá le decía que se le agradecía a un hombre en el cielo que no existía a menos que creyeras en él, un hombre muy inseguro y que necesitaba constantes asegurases por lo que se entendió que tras 2,000 años todavía no ha logrado superar. Nino creyó ambas partes de este argumento porque uno siempre debía ser agradecidos al reconocer los actos de otras personas durante su estadía y aceptación de su ida mientras que hablando con

el señor invisible uno se hablaba a sí mismo, y en sí mismo uno encontraba al hombre que no se lograba ver de frente, pero con mucho respeto por todo lo que había leído del señor en su biografía y su padre loco en un testimonio viejo y de locos deshidratados. Además, dijo que era lo mismo que enamorarse de la nena en el colegio: "Yo no sé si ese amor existe, pero yo creo en él, y creo que le pediré el sí luego de la escuela también" El terapeuta le recordó que no estaba en el colegio y que volviera por un momento. Nino lució una cara de como si el supiera que nunca se había ido pero que sus palabras sí; era todo un romántico el charrito. "Ese sentimiento, ¿cómo te hace sentir?" Nino titubeo por dos segundos antes de decir que estaba agradecido. El terapeuta le enseñó que el análisis siempre sería algo fundamental en su vida, que nunca avanzara las cosas, que las pensara profundamente y que luego, y solo luego, hablara lo que tuviera que decir. Nino entendió esto bien, y lo puso en práctica. Observo bien al terapeuta, hizo sus mejores deducciones y decidió irse, porque se había acabado la terapia, alzo la voz como para decir algo, analizando, tomando su tiempo y agradeció su tiempo y se marchó a su casa sin tratar de sobre pensar las cosas.

De camino a la casa se encontró con su ami-

ga de colegio, la que le gustaba y le regaló unas quenepas en ese momento. Nino dijo gracias antes de tiempo, un grave error, luego la miro a los ojos profundamente y sin pensarlo mucho le dijo que le gustaba, todo este suceso veloz lo tenía sobre pensando. "Tú me gustas a mí también Nino, ¿quieres otra quenepa?" Nino estaba enamorado y se la habían olvidado todas las reglas. Había algo prodigioso de todo esto. Era un hermoso día.

Deben saber que Nino es un chico complicado, pero es complicado porque se ha complicado el mismo. Nino no es como los demás, pero en realidad Nino es como cualquier otro niño, le gustan las nenas y no sabe decir gracias. Es innecesario apegarse a él porque no tiene valor en sus vidas. Luego de este párrafo Nino muere en un día brillante, donde las palomas cantaban y los Circos lograban vender boletos de nuevo. Nino murió al ser atropellado en una marcha por la vida de la Fundación Corazones Nuestros, Un Mejor Tu Por Sally Smith y la Asociación de Cirujanos. Pues ha muerto Nino, nunca se casó y tampoco termino sus estudios, al doctor se le olvido diagnosticar que carajo tenía el niño en primer lugar, no veía bien.

Los padres de Nino entraron en una histeria y decidiera tirar una fiesta de histeria, para que

todos pudieran compartir los gritos y llantos juntos. Al principio había una pelea por el open bar, pero se pudo resolver luego que decidieran que para la próxima funerario Julito la pagaba. Aunque hubo preocupación en cuanto a la jerarquía de que si Julito moría quién entonces le tocaba el round, todos apuntaron al que siempre tenía un palo de whisky en las manos, pero nunca lo encontraron puesto que todos tenían whiskys en las manos. El abuelo de Nino llego enterrando el carro hacia adentro de la casa, un choque que levantó a Nino sin que nadie se diera cuenta, no lo sobre pensó y se murió de nuevo. Una de sus hijas brincaba a su padre, quién estaba tratando de salirse del carro calmadamente pero el cinturón lo asfixiaba mientras ella taladraba la capota con primos auxilios y un helicóptero velando cualquier ayuda de ventaja que se pudiera dar desde arriba. La otra hermana llamaba a un tasador de emergencia que aceptara gritos, lágrimas y una barra inconfiable, miraba los cojines regados por todos lados y el trauma de esto solo ella lo podrá explicar en su propia secuela.

Cuando uno de los otros hijos del abuelo llegó observo los daños del carro y decidieron pelear por cómo exactamente fue el choque. El tío menor de Nino, quien quería partirle la cara al pa-

dre porque había dañado el carro que le regaló se tropezó sobre una roca suelta y cayó inconsciente en el piso. Convencido de que esto era una escena del tío, lo ignoraron. Una de las mejores amigas de Nino lloraba a llantos en el altar de Nino mientras que la mamá se acercó y empezó a llorar un poco más duro. Furiosa, ¡la nena comenzó a parafrasear poemas “Puedo cantar los versos más al garetos esta noche!” de Neruda quién pasó por el lugar, escuchó esa cafrería y decidió fugarse de la poesía, con sospechas de que el día que aniquilaran su poesía sería el día de su muerte. La mamá gritaba “¡Cuánto dolió tu partida, y tu partida de mí, ahora ninguno tendremos partida, pues hemos partido! ¡Ay de mí y mi corazón partido!” A la cual la chica le respondió que no se valían decir rimas estúpidas, que se abochornara y que debiera leer su colección completa en su nueva aplicación de teléfono. La madre la tomó por el pelo y se tiraron a pelear sobre encima del altar de Nino.

Quien estaba tranquilo, muerto, pensando profundamente si le habían dado las gracias a Neruda por su breve inspiración.

La casa rápido se convirtió en un caos, familiares peleando, la cama de Nino hecho trizas y él tirado en el piso como espagueti. El abuelo aceleraba el carro pidiendo ojos para dar reversa, la barra había sido saqueada por Julito, mientras la mejor amiga y la mamá corrían por todos lados con los pelos en fuego. El amor de colegio de Nino se acercó al Altar y le dijo adiós y qué lástima que nunca conoció a Fernando y que el estaría bien agradecido de haberlo conocido. En ese instante Julito también muere al decir que él estaba bien por lo menos, Gracias a Dios y decidieron que le tocaba la ronda a Neruda de manera que la familia entera formó la gran pesquisa al gran fugitivo hasta arribar con su muerte de suma importancia y noticia nacional.

## ANA CASTAÑER

*Este relato es absolutamente real y verídico. Únicamente se han cambiado los nombres de los protagonistas.*

### EL SILENCIO DEL MIEDO

Las fases en las que se desarrolla mi vida podría decir que son: desde mi nacimiento hasta mi boda, incluyendo los años de convivencia. Mi separación eclesiástica y posterior divorcio y mi época de desarrollo personal en el que encontré mi verdadero camino a través del estudio el esfuerzo y la superación.

Cuando me separé, era el año 1968 lo hice a través del Tribunal Eclesiástico de Teruel pues me había casado por la Iglesia y en aquel año a un no había divorcio en España. En la Sentencia del Tribunal Eclesiástico había una frase que me dejó impactada cuando la leí, y hoy día cuando la menciono me produce un escalofrío; después de 50 años se ha borrado el dolor, pero el miedo y el terror aun violentan mi alma. Esta era una de las

frases que mi ya ex marido declaró en su comparecencia ante el Tribunal Eclesiástico: dijo “ que me odiaba tanto que le gustaría verme hecha sangre...”

La sentencia fue para mí favorable. Se me dio la patria potestad de mis dos hijos menores de dos y un año respectivamente y en la pequeña ciudad de Teruel produjo un impacto social, no solo por la novedad de la separación en sí sino también por tratarse de dos familias muy conocidas.

La decisión de separarme de aquel ser que me maltrataba física y moralmente fue porque el maltrato incluía a mis dos hijos. La nena que empezaba a dar sus primeros pasos, ponía sus manitas para mantenerse en pie y así un día, llegó a las piernas de su padre que en ese momento sentado en un sillón fumaba un cigarrillo... al llegar su hija

y apoyarse en su piernas el malnacido le apagó el cigarrillo en una de sus manitas...

Pero este episodio no fue el único. Cuando mi segundo hijo tenía apenas 15 días, estaba dormido en su cochecito. Por alguna razón se despertó y se puso a llorar, su padre que se estaba en un sofá, se levantó airado y dijo que iba a estampar al niño contra el suelo. Corrí a coger a mi hijo, mientras él apretaba mi cuello con la intención de estrangularme, conseguí librarme de él y con mi niño en los brazos intenté protegerme detrás de una mesa, él cogió una silla y nos la tiró, dando en la lámpara que se rompió en pedazos y cuyos trozos de cristal hirieron las piernitas de mi bebe mi cara y mis brazos. La sangre brotaba y se asustó así llorando amargamente y sangrando salí a la puerta de la casa donde una persona conocida nos auxilió nos curó y nos llevo a poner una denuncia en la Guardia Civil (en ese momento estábamos en un pueblo próximo a Teruel).

Con anterioridad no quiero olvidar el intento de atropello a mis hijos y a mí estando en la acera de la casa y él con el "Land Rover" dar acelerones para aplastarnos contra la pared si yo no me hubiese refugiado dentro del portal de la casa.

Aun pasé algunas noches con él, sin dormir, porque temía que si me descuidaba y dormía me

estrangularía... cuando ya estuve en Teruel decidí que aquella tortura tenía que terminar porque si no me iba de aquella casa cualquier día íbamos a morir mis hijos y yo.

En aquellos años la mujer no tenía ningún derecho, si te ibas de casa la Guardia Civil te buscaba y te devolvía a la casa de tu torturador, corría la frase de "¿Qué habrá hecho o se lo merecería?".

Recuerdo que sin el permiso del marido no podías abrir una libreta en el banco ya que las mujeres no teníamos entidad jurídica.

Teruel en aquellos años, era una ciudad sumida en costumbre ancestrales y poco evolucionadas a lo que ya se despuntaba como la apertura hacia Europa y a nuevas costumbres. Por esto también sufrí lo que hoy llamaríamos "Bullig" de esa sociedad que decía "que me había descasado" y si entraba en un bar a tomarme un café con una amiga o alguna de mis primas, cualquiera se sentía con el derecho a preguntarme ¿Dónde ésta tu marido o donde están tus hijos?. Como si el hecho de tomarme un café en un lugar público fuera algo pecaminoso o deleznable.

Con este ambiente tan poco grato, opte por irme a casa de mis padres, ya que mi salud era precaria y no podía atender a mis hijos debida-

mente. Y con el consentimiento de mis padres que siempre me ayudaron y me comprendieron inicié los trámites de separación en el Tribunal Eclesiástico.

Contar a mis padres el suplicio que había sido mi matrimonio, fue uno de los días más duros de mi vida. Mis padres estaban en Vigo y desconocían todo lo que me estaba ocurriendo. Cuando de trasladaron a vivir a Teruel, porque yo vivía aquí, y se enteraron de mi sufrimiento se desesperaron. Mi padre al saber el episodio en que nos atacó a mi bebe y a mí quería pegarle dos tiros mi madre y yo tuvimos que hacerle entrar en razón y apelar a la justicia para conseguir una separación que aun no siendo habitual en aquellos años podía conseguirse. Aquél día se decidió que la separación era la mejor decisión para mis hijos y para mí.

Un calvario de dificultades, de soledades de trabajos y esfuerzos se abría ante mí sin saber que me sucedería en adelante.

La ayuda y el apoyo de mis padres fue decisivo para reanudar una vida diferente en la que yo en solitario, debía ser, todo para mis hijos y para mí misma. Tenía varias opciones para encaminar mi vida: una, quedarme en casa llorando mis desgracias, otra dedicarme a las prácticas re-

ligiosas y quizá la más insólita buscar el camino de la superación, de las dificultades pero con una perspectiva de futuro diferente a la sumisión y a la humillación.

Ante mí se abrían opciones diversas y diferentes que marcarían mi destino y mi futuro.

Yo era hija única, mis padres eran una pareja peculiar. Mi madre una mujer inteligente y sensata era el equilibrio y la cordura de la familia. Maestra en un tiempo y licenciada en Historia antigua, era profesora de Instituto durante un tiempo, siguiendo a mi padre en sus diferentes etapas. Magnífica cocinera con una elegancia innata acompañó a mi padre hasta el final de sus días. Fue un ejemplo a seguir para mí y le agradezco de corazón su apoyo sus consejos y su ayuda. Medalla de oro de la Cruz Roja siempre estuvo al lado de los humildes y más desfavorecidos, realizando tareas humanitarias fundamentalmente en la Cruz Roja Española.

Mi padre era hijo único, mi abuelo era médico también, perteneció a la Real Academia de Medicina por su aportación de instrumental para intervención de la "Rija" (obstrucción del lagrimal). Mi abuela paterna fue una mujer avanzada a su tiempo que estudió medicina y a la que no dieron el título de médico por ser mujer. Profesora

así mismo de piano dedicó su vida a gestionar y administrar su hacienda y a tocar el piano...en fin eran otros tiempos.

Mi padre era médico un hombre muy inteligente, yo diría que superdotado, hablaba cinco idiomas, tenía varias especialidades médicas: pediatría, pulmón y corazón, cirugía, enfermedades tropicales...todo le interesaba, llegaba hasta lo más profundo del tema que investigaba. Era un auténtico científico. Escribió el primer libro sobre cibernética en España y estaba en posesión de la Gran Cruz de Alfonso X El sabio. Siendo inspector de la Seguridad Social montó hospitales por la geografía española; de los que yo recuerdo, la Residencia Sanitaria de Calatayud, el Hospital de Bilbao, y la Residencia de Vigo Almirante Vierna ambos edificios estos últimos de construcción vanguardistas realizados por el arquitecto "Marcide". Y no contento con todas estas actividades de organizador, hizo las oposiciones a la Marina Mercante y durante su mes reglamentario de vacaciones como funcionario, realizaba viajes al continente americano como médico y representante del Gobierno Español como acompañando a los emigrantes españoles que cruzaban el "charco" en busca de mejor vida o del sueño americano.

Estas travesías las hacía en dos buques por-

tugués de la Compañía Colonial de Navegación: el Santa María y el Veracruz. Aunque también hizo algún viaje en el buque francés "Antilles". Casualmente mi padre desembarcó de uno de sus viajes en el Santa María y en el viaje siguiente se produjo el primer secuestro de un transatlántico, por Galvao y Pratas, que fue en tiempos Gobernador de la colonia portuguesa de Angola ( y un gran botánico por cierto, con varios libros publicados muy interesantes).

En algunos de estos viajes, mi madre y yo acompañábamos a mi padre, y así conocimos Madeira y Cabo Verde, fueron grandes e inolvidables experiencias.

Cómo anécdota quiero contar que mi padre en uno de sus viajes a las Antillas y concretamente a Cuba, tuvo ocasión de conocer a Fidel Castro, antes de ser guerrillero, y años más tarde en plena revolución cubana ayudó a salir de la isla a un español que había sido ministro de educación con el Dictador y que era de un pueblecito de la provincia de Teruel, se trata de D. Alfredo Valmaña que era natural de Alfambra.

Vivimos más de 20 años en Vigo y en el verano veníamos a Teruel para ver a mi abuela a mis tíos y a números primos familia todos ellos de mi madre.

Mi carácter abierto y de avanzadas ideas llamaban la atención de mis familiares, aun establecidos en costumbres denostadas y un poco fuera de lugar para los tiempos que estábamos viviendo. Mi educación abierta y con los intereses intelectuales de mi entorno familiar formaban mi incipiente personalidad de adolescente. En mi casa se realizaban tertulias, con amigos que más tarde fueron figuras en su momento, como Alvaro Cunqueiro, José María Castroviejo, Camilo José Cela Olaseiro, esto unido a los intercambios políticos que tenían lugar en los transatlánticos portugueses mencionados anteriormente en los que viajaban embajadores, deportistas de élite e incluso algún Presidente de República Americana junto al Comandante D. Mario Simoes Maia, cuando atracaban en Vigo y comíamos en el barco, con largas charlas hasta bien avanzada la tarde y donde yo iba captando ideas políticas y posicionamientos sociales.

Todo esto, hacía que en nuestros viajes a Teruel yo llamase la atención de mis primos y familiares porque yo participaba en cualquier discusión con planteamientos diferentes y más avanzados de los que ellos tenían así me veían “como un bicho raro”.

En uno de estos viajes de verano, conocí a

un chico alto y atractivo que por entonces se parecía a Antoní Perquiens que protagonizó la película de Hitecok “psicosis”... tonteábamos en el bar y acabamos saliendo como amigos. Era correcto y agradable y tenía un Citroën “tiburón” y que era la envidia de todas las chicas locales. Yo estaba bastante mona vestía bien y moderna y era “la chica deseada” de la pequeña ciudad.

En una festividad local, me puse mi traje largo, precioso, que había sido el de mi puesta de largo, y con él, deslumbré a los asistentes del baile del Casino. Decididamente había conquistado a los caballeros solteros que se disputaban no solo a bailar conmigo sino también a salir conmigo.

Se acabaron las vacaciones de verano y regresamos a nuestra casa de Vigo.

La relación continuó con cartas y llamadas de teléfono y un día se presentó en con su tía a pedir mi mano, se celebró la boda en Madrid y después de un viaje por varios países europeos nos establecimos en Teruel para iniciar una vida en común.

A partir de entonces, lo que parecía un futuro prometedor se convirtió en un calvario. Los malos tratos la vida desordenada de mi marido los abusos de alcohol y otras mujeres convirtieron mi vida en una amarga experiencia. Años después

con dos hijos en común y con el peligro acechando nuestras vidas tuve que tomar la determinación de separarme pese a que en el año 1968 las mujeres no teníamos personalidad jurídica y la separa

ción la concedía la Iglesia con efectos civiles. Esta decisión fue la acertada, salvamos nuestras vidas de una muerte segura y hoy recordamos esto como una pesadilla superada.



*Foto por Ana Pobo*

## FERNANDO MOROTE

### DESCONOZCO MAYORMENTE

No, no soy un efectivo de la policía nacional ofreciendo declaraciones sobre un hecho luctuoso al noticiero matutino de la televisión. Soy un tímido huésped del Hotel San Felipe, un modesto alojamiento para turistas de recursos moderados (o ávidos por ahorrar), enclavado en una esquina altamente transitada del centro de la ciudad de Cartagena, en el corazón del caribe colombiano. El albergue está, además, convenientemente ubicado a prudente distancia del museo marítimo, sede de la convención de adictos en recuperación a la que asisto, con los gastos pagados, como orador invitado.

He llegado hasta aquí después de atravesar mi primer bochorno fuera de las fronteras nacionales. Tras superar los controles migratorios, me dejé caer sobre una silla en la sala de embarque del aeropuerto El Dorado de Bogotá. Actuaba como si tuviera mucha experiencia. Eso fue lo que me habían dicho que funcionaba para sentir confianza en uno mismo. Puse mi maletín sobre el

suelo, junto a mis pies. Eché un vistazo panorámico alrededor. El lugar estaba casi vacío. A las 2 y 30 de la tarde no había muchos vuelos programados para el interior del país. A mi lado tenía una mesita cuadrada con un montón de periódicos desperdigados. Busqué alguno que tuviera sección cultural. Leí tranquilamente por unos buenos minutos, con las piernas cruzadas. Al otro extremo un tipo barrigón hacía lo mismo con la parte deportiva de otro diario. En eso la voz sensual de la aeromoza anunció por el altoparlante que mi vuelo estaba listo para partir. Me incorporé y me dirigí a la fila de pasajeros, llevándome bajo el brazo el tabloide que estaba leyendo.

— ¡Oiga, un momento! — el barrigón tenía voz de tenor — ¿Adónde va con mi periódico?

Lo miré listo para saltarme con todo. Un momento. Es sólo un periódico. Quizás sea la influencia de los medios, pero ¿por qué veo a todos los colombianos como si fueran militantes

de las FARC?

La noche llega acompañada de una recia tormenta eléctrica, comparable sólo a las que he visto en Iquitos. Sin dejar de lado las putitas de catorce años en apretadas mallas rosadas que inundan las calles apenas desaparece el sol. Igual que en la capital de Loreto. Lo veo todo en medio de la oscuridad. Qué maravilla. Me hago una paja en la ducha. Truenos y relámpagos, seguidos de lluvia torrencial.

Mis compañeros de cuarto —Mauricio de Cali y Tom de Houston—, tras regresar apurados al hotel y haber tenido que suspender su paseo turístico en calesa por la periferia de la antigua ciudad amurallada, esperan su turno para sacarse la humedad de encima. El apagón ocasionado por la tormenta puede durar fácilmente un par de horas más.

— ¿Dónde está la toalla?

Soy candidato a sufrir una muerte trágica en cualquier momento. No a consecuencia de un toque eléctrico, o un aneurisma reventado en el cerebro, sino por efecto de un cabezazo contra el piso a causa de un resbalón.

— Anda por la sombra, vieja pendeja.

Puedo cortarme la yugular al afeitarme. Cuando trato de cepillarme los dientes, acabo

destrozando la jabonera con un golpe seco. Involuntario, por supuesto. No necesito escaleras, gatos negros, cigarros mal prendidos o espejos hechos añicos. Las pequeñas desgracias domésticas vienen a mí solas, gratis, en pomo grande, y a cada rato. Soy un tipo peligroso. Maxwell Smart es mi maestro.

Es la hora del lavatorio. El moderno diseño me deja estupefacto, atónito. No encuentro por dónde entrarle. Cruzo los brazos. Me tomo la barbilla.

— Te digo que no lo vi, papá.

— ¡Cómo no lo vas a ver, hijo! ¡Con ese tremendo Studebaker, el hombre puede cruzar el Océano Pacífico sin mojarse!

Tenía que haberme fijado antes de bajar por la izquierda esa mañana en el colegio. No soy de tomar muchas precauciones, debo admitirlo. Salí del auto como si estuviera en el garaje de la casa. No vi que atrás venía el director de la escuela manejando su poderoso vehículo a 50 kilómetros por hora. Afortunadamente no se llevó mi pierna; sólo la puerta posterior del indefenso Hillman rojo, cuya reparación y reposición costó a mi padre una pequeña fortuna y a mí varios fines de semana sin televisión.

Giro hacia un lado. Nada. Voy para el otro.

Seco. Palpo el contorno para averiguar si tiene un orificio oculto. El agua me conmueve por su ausencia. Forcejeo un poco. Le doy un golpe. Mi ansiedad aumenta. Las primeras gotas aparecen. Son de sudor. Caliente. Frío. Vuelvo al ataque. Derecha. Izquierda. Lo mismo. Ingreso a una fase muy próxima a la desesperación. Ya no sólo giro. Hago un movimiento completo de rotación transversal. Parece que cede. Algo se afloja. Salta la cabeza. Cae al lavatorio. Sonido exasperante de acero contra mayólica. Un chorro potente brinca hacia arriba y me lava la cara de una bofetada. Tapo el hoyo con la mano. No cabe duda de que pude haber competido exitosamente con Laurel y Hardy, Abbott y Costello o Los Tres Chiflados en todo su apogeo.

—Es imposible vivir de esta manera. Mis actos físicos no tienen relación con mis propósitos internos.

En la iglesia me conocen bien. El padre Anastasio siente un gran respeto hacia mí. Quedó curado conmigo desde aquella vez cuando, al recoger la limosna durante la misa, en lugar de poner monedas en la canasta, saqué un puñado y me las guardé en el bolsillo. La veneración que me profesaba llegó al límite años más tarde cuando lo volví a encontrar celebrando la eucaristía para

una comunidad de matrimonios católicos y, en el momento de pasarme el pañuelo para secar el borde del cáliz, me limpié los labios como si estuviera en un restaurante.

El agua fría se cuela entre mis dedos. La pasmosa bifurcación llega a raudales hasta mis pies. El estado del baño me hace recordar los huaycos de Chosica y Chaclacayo. Observo cómo la furia acuática avanza incontenible en dirección a la puerta y se desliza por debajo de ella. Escucho las voces alarmadas de Mauricio y Tom al otro lado del cuarto. Presiono fuerte con una mano la boca zafada y me estiro con la otra para abrir la puerta. —¡Ayuda! —clamo, con un gesto de aterradora angustia en el rostro.

Mis compañeros entran a auxiliarme.

—¿Pueden llamar a la recepción?

Mauricio corre al teléfono. Tom ensaya infructuosamente una maniobra de plomería norteamericana. Pocos minutos después llega a la habitación un mozo de estatura insignificante. Su quijada es larga y curva, como una hoz, y su peinado consiste en llevar el cabello despeinado. Entra serenamente al baño, sonrío al caminar, recoge del piso la pieza perdida, va directo al lavatorio y la enrosca en el grifo. Mientras ejecuta su labor, me disculpo ofreciendo vagas e incon-

sistentes explicaciones.

– Listo, señor.

– No puedo creer que lo haya arreglado así, tan fácil.

– No es nada.

– Dígame una cosa.

– Usted dirá.

– ¿Cómo se abre ese maldito caño?

– ¿Caño?

– Bueno, en mi país le decimos caño a esa cosa.

¿Cómo le dicen aquí?

– Llave.

– ¿Cómo se abre la puta llave, entonces?

Mauricio y Tom, desde la puerta del baño, observan la escena. Comprendo que tratan de reprimir una carcajada. Saben que, aunque torpe de movimientos, soy noble de corazón.

– Sólo tenía que levantarla un poco, señor. De

este modo, ¿ve?

El enano me muestra el sencillo procedimiento sin desdibujar la sonrisa de sus labios. Todo el misterio se resolvía deslizando suavemente la manija con dos dedos hacia arriba.

– ¿Es todo? – pregunto, incrédulo.

– Eso es todo, señor.

Al finalizar la convención de adictos en recuperación me convertí en una figura internacional. Pero si alguna vez en mi vida hubiera tenido que ir a la guerra – digamos el desembarco de Normandía como escenario – estoy seguro de que se me habrían enredado los cables, me habría tropezado con una piedra o habría metido el pie en un hueco... En una palabra: me habrían matado al instante; no hubiera llegado a la playa. Ni siquiera hubiera logrado bajar vivo de la lancha.

## SANDRA RODRIGUEZ COTTO

### LA GUERRA CIVIL BORICUA

**T**uit #1: Amanece en el mejor país del mundo, donde vive la gente más feliz del mundo. Sale el sol en Puerto Rico, isla del encanto.

Tuit #2: En la Isla del encanto sé oye el canto del coquí, aunque cada vez hay menos porque las iguanas les ocupan su hábitat.

Tuit #3: Se cuelan los rayos del sol candente del Caribe y se empiezan a calentar las venas de las pasiones boricuas.

Tuit #4: Una mulata terminó de satisfacer al marido sin decirle que a ella no le gustó. Una blanquita se toma el café y sueña con que la toquen.

Tuit #5: Un pusher toma café y espera la llamada del jefe. El jefe duerme. Su esposa, la blanquita, toma café. Aparenta, pero sabe lo que es.

Tuit #6: En la calle sé oyen los gritos. Cheo practica a las congas en los brazos y espalda de Cuca. Ya no es mulata sino azul. La somete a la obediencia. Ella solloza.

Tuit #7: Pum,bang,tom. Onomatopéyica rumba la tunda qué cogió Cuca. Los vecinos siguen sus ritmos. Suben el volumen de sus radios. Nada dicen.

Tuit #8: Cheo está tenso. Sabe que le debe par de miles al jefe y esa deuda le costará sangre, por eso se desquita con Cuca su estrés.

Tuit #9: En el medio de la Ramírez de Arellano, la blanquita detiene su guagua BMW azul para arreglarle el pelo a la nena. Gritan las bocinas.

Tuit #10: Nena en la escuela, blanquita en clase de “spinning” pa’ olvidar a su marido que no

la toca, y que ya llegó al tribunal donde es juez y federal.

Tuit #11: Camino al tribunal el famoso juez marido de la blanquita ordena al pusher: Las deudas se pagan con sangre, "Mi dinero es mío".

Tuit #12: "Cita en el spa, luego a Plaza", pensó la blanquita. Al otro lado de la ciudad, Cuca yace inmóvil y sin lágrimas en ojos hinchados.

Tuit #13: Hinchados los ojos de Cuca por la catimba que le regaló Cheo en la mañana. "¿Pa qué vivir?", pensó.

Tuit #14: Cheo se fuma un Newport, se da un toquecito y se limpia la nariz. Llama por el celu a Marcián y dice "El jefe dio una orden. Es ahora".

Tuit #15: Marcián no pregunta. Sabe que hay que buscar la mercancía y pagarle a tiempo al jefe.

Tuit #16: Dejó de llover y el sol quema. Calor de madre. La mulata se recoge el pelo, se pone gafas y sale.

Tuit #17: "Quiero que se muera. Me harté de que me dé tanto y tan duro", lloró Cuca. "De hoy no pasa", advirtió.

Tuit #18: "Quiero morir. Me harté de que no me toque, ni suave ni duro", pensó la blanquita sobre su esposo a su regreso a Guaynabo.

Tuit #19: Marcián y Cheo aceleran por el elevado de la Martínez Nadal y de momento parece un Yaris tinteao. Ráfagas del AK retumban. Gomas chillan. Caos.

Tuit #20: Un tiro le entró a Cheo por la cien, y como ocho cogen a Marcián que pierde el control. ¡Bum! Chocan la BMW azul.

Tuit #21: La BMW azul se detiene del cantazo con un Toyotita viejo donde iba Cuca, que recibió un tiro en la pierna derecha con salida por el abdomen.

Tuit #22: "La guerra por el control de los puntos de droga cobró dos víctimas y una mujer herida, en plena avenida Martínez Nadal", decían en la radio.

Tuit #23: A la blanquita el tiro le entró en medio de la frente. Nunca supo que murió por error. No era para ella, era a Cheo que debía.

Tuit #24: Marcián trató de huir, pero un guardia lo detuvo. Le incautó un Glock calibre .40 y un

cargador vacío.

Tuit #25: Mientras, en Hato Rey el juez impartía justicia en su sala y en la calle también. Así es la guerra en el país más feliz del mundo.

## DANIEL DE CULLÁ

### AYER TUVE UN SUEÑO

*{Ilustración del autor}*

Ayer tuve un sueño agraz fermentado de Lujuria y miel. Espíritus femeninos me enseñaban su peluda vagina personificando su antiquísimo concepto de castigo.

Por otro lado, veía formas de animales que no han seguido el mismo proceso evolutivo, pero que viven en el mismo ambiente de convergencia y actividad funcional.

Mi sexualidad se encontraba en un ambiente acuático y mi Pene era como el de un Reptil en busca de la aleta caudal de una Cetácea en esfera cristalina.

Ella era Sirénida, y yo tenía el aspecto de un Linguatúlido nacido de las gotas de esperma y sangre que cayeron sobre Gea, cuando Crono mutiló a Urano en un sueño endoparásito.

La pelvis y la extremidad abdominal de mi Sirénida me hacía llorar los ojos, y mi órgano sa-

lido de las vértebras coccígeas me habían convertido en un animal cavernícola.

Mi lagarto común tuvo una hipertelia, convirtiéndose en monstruoso pero no perjudicial para Sirénida. Su punta creció de tal manera que entró en su maxila como fuerza primordial nacida de la noche.

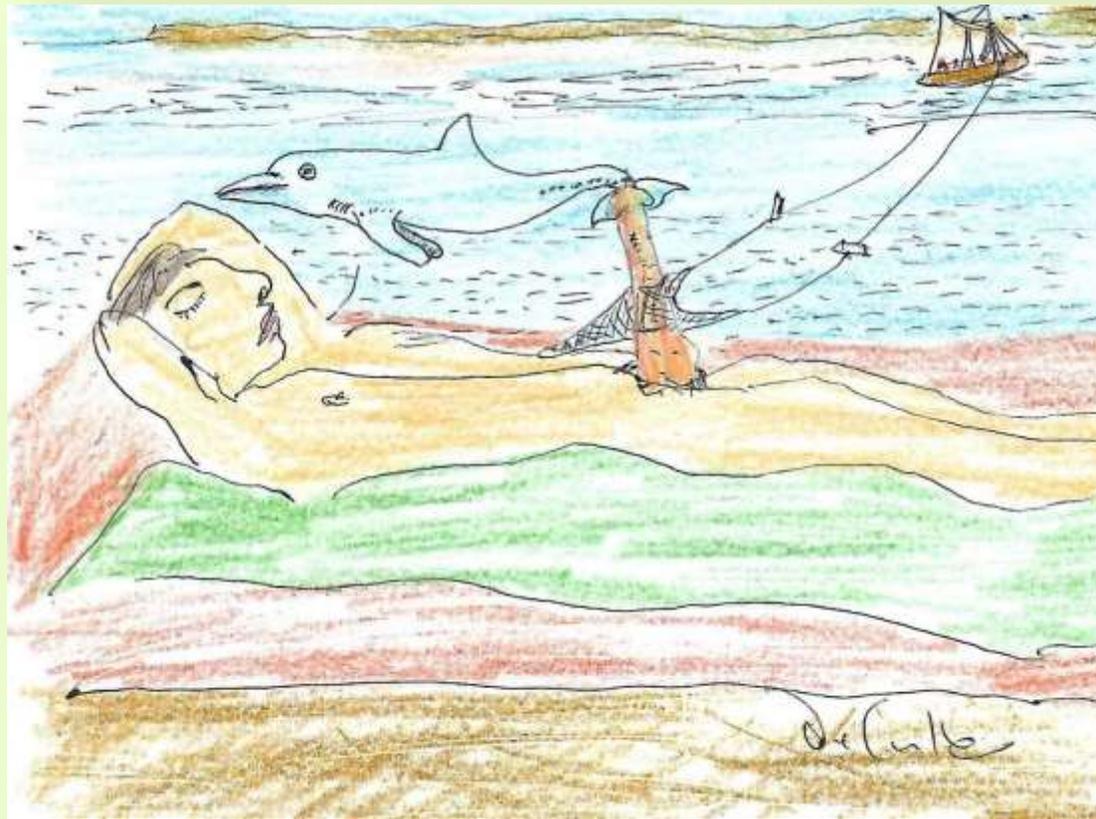
Pene, Sexo y Olvido. Ya no quería a Eride, mi novia puta, que me excitaba por su belleza y su vagina entreverada de serpientes. Ahora, quería Sexo con Sirénida, mi cetácea, cuya morada son las Tinieblas infernales bajo el agua tropical.

Mientras me corría dentro de ella, vi pasar, atados a una cuerda dorsal, cetáceos misticetos místicos que me mordían los huevos con sus esbozos dentarios, a semejanza de peces, que se volvían locos besándome la cuenca del Ano sin descanso.

Me despertó una Sacculina carcine, cirrípe-

do rizocéfalo parásito del cangrejo Carcinides maenas que perseguía a unas larvas de nau-

plus y de cypris que se habían instalado en los dedos de mis pies haciéndome cosquillas.



## MARY ELY MARRERO-PÉREZ

### ASESINO DEL AMOR

*He aquí un zapato como evidencia.  
Una cucaracha a medio vivir es un lenguaje.  
Casi una lección de historia, de lingüística...  
Todo un poema.  
Fragmento de "Las burlas de la selva"  
de Vanessa Droz*

#### *He aquí un zapato como evidencia*

**S**in conocerme, Blattodea me persiguió a pasos torpes y acelerados. Habíamos salido a la vez de la oficina postal a las seis y treinta de la tarde. Me observó insistentemente; sentí el calor de su mirada, alcé el rostro y me conecté con sus ojos. Nunca lo había visto. Dados los primeros tres pasos, sentí los suyos detrás de mí.

“¿Por qué tuve que ponerme los zapatos de aguja hoy?”, pensé, culpándome. Eran mis primeros stilette Passarella. Pagué cinco mil euros por ellos en Italia. Aunque solo tenía seis mil en mi cuenta bancaria, no pude resistirme de comprar

esos zapatos blancos que, seguramente, me harían lucir distinguida. En esa persecución, mi soberbia y vanidad me limitaban el paso.

“Quizás no me persigue. El vino de anoche puede residir aún en mí”. Fue una posibilidad que decidí constatar. Me detuve abruptamente; confirmé que me seguía porque no continuó su paso. Vi hacia atrás, esperando que se sintiera amedrentado por mi valentía, pero los nervios no me permitieron sostenerle la mirada por más de tres segundos.

Me quité los zapatos y, sin tiempo para guardarlos en la cartera, emprendí la corrida con

ellos en la mano. Me concentré en varios detalles: “Pisa firme para que no te caigas, acelera para que no te alcance, no pierdas de vista el camino para que no te extravíes y empuña bien los zapatos para que no los pierdas”. Mientras corría, metí la mano derecha en la cartera en busca de las llaves de la casa. Mis dedos se tropezaron con un lápiz labial Rouge de Beauté, la billetera Curro Caro, el espejo, monedas, el encendedor, la caja de cigarrillos Eternal Fresh Mint, el perfume Dolce Vita miniatura... hasta que atraparon las llaves. “Una curva más y estaré en casa”. Miré hacia atrás nuevamente y vi que nos separaban, aproximadamente, cincuenta pasos. En mi distracción, dos segundos fueron suficientes para que mis rodillas golpearan la acera. El stiletto izquierdo cayó demasiado cerca del canal, por lo que el hombre adelantó como treinta pasos, aprovechando mi caída, levantada, búsqueda y segunda emprendida.

Con los zapatos en la mano izquierda, fuertemente apretados (dedos contra palma), y con las llaves en la mano derecha, veía como la cerradura se acercaba. No ansiaba más que penetrar el pestillo, girar la manija, entrar, cerrar la puerta, guardarme en seguridad y ver burlado a ese selvático que me creía su presa.

Fallaron mis cálculos mentales: en pocos

respiros, su pecho tocaba mi espalda. Con los brazos alrededor de mis hombros, me oprimió, empujándome los glúteos con su pelvis. Me obligó a recostarme de la puerta; sentía las mejillas, el busto y los muslos apretados. “Abre la puerta y haz silencio”, dijo con voz ronca, en un bajo de truhán cinematográfico. Mi grito lo llevó a cubrirme la boca con una mano que olía demasiado dulce para ser un violador o un asesino.

Temblaba; tardé más de lo habitual en abrir la puerta. Mis gritos se quedaron encerrados en el cóncavo de la mano del hombre que oprimía mi boca. Una vez liberados mis labios, los gritos sencillamente no salían de mi pecho; sentí el diafragma contraído en el silencio. Me miró, y en un impulso energético, me lanzó sobre el sofá, se aventó sobre mí, me tiró de los cabellos con la mano izquierda y con la derecha tanteaba con su cremallera. Me lamió el cuello con una ternura que nada tenía que ver con el acto. Desprendió sus dedos de mi cabellera y con el apretón de pulso al que me sometió, me obligó a soltar las llaves. Tuvo que forcejear salvajemente conmigo para que soltara mis stilleti. Una mordida en el antebrazo, fue el fin del empuñado calzado.

Sentía a Blattodea y a toda su rigidez sobre mí. Quizás debí llorar, golpearlo, rogarle por pie

dad... pero estaba inmutada. Mi memoria hizo una diapositiva de amantes encima de mi cuerpo: todos sudados y apáticos. Este era el primer hombre que se interesaba por mí y no debía ser recíproca, no podía disfrutarlo, ni valorar su deseo.

Con un movimiento casi coreográfico, tomó mi camisa por los extremos del escote y de un tirón mis senos quedaron expuestos. Su lengua, paradójicamente tierna, se apoderó de ellos, mientras que sus caderas se movían rítmicamente en busca de una penetración falsa, impedida por mi pantalón. Gemí, nos sorprendimos, y se detuvo. Se separó y me mostró un nuevo rostro impactado por el temor. Se acercó nuevamente y se valió de mi cabello para ponerme de pie. Le guíé el rostro hacia mis senos desnudos, aún mojados. En una mordida voraz volví a gemir. Paralizado frente a mí, se retiró hacia la puerta, guardó su virilidad tras la cremallera y puso la mano sobre la manija. Otra diapositiva de abandonos capturó mi ego. Disoluta, me valí de mi stiletto derecho para someterlo a la obediencia. Corrí hacia él y le clavé el tacón de aguja.

Estaba desvanecido, desplomado en el suelo, respiraba intermitentemente y me miraba fijo. Cuando vi mi zapato blanco, manchado de sangre, acuchillándole aún el cuello, decidí resca-

tarlo de ese cuerpo y salvar los cinco mil euros invertidos. Fue cuando el manantial rojo y espeso escapó a chorros aligerados.

### *Una cucaracha a medio vivir es un lenguaje*

Tosía y se llevaba las manos al cuello intentando salvarse. Para mí fue obvio que me pedía perdón por no saber enamorarme y tomarme el cuerpo a la fuerza. La sangre no detenía su paso en el suelo; el cuerpo delgado yacía espasmódico. Los ojos comenzaron a moverseles, como si la conciencia le retumbara en las pupilas. ¡Fue contagioso! “¿Qué hice?” Me imaginé calcinada en una silla, con el cuello partido en la soga o con veneno en las venas por haber asesinado a un hombre. El calor me invadió las piernas y el frío el pecho.

Pensé buscar ayuda médica, mas mi imaginación se limitó de historias para justificar su estancia muerta. Había leído historias policiacas de Sir Arthur Conan Doyle y visto a Sexton Blake en la televisión junto a mi abuelo. Temía que un policía sagaz descubriera en mi rostro una mirada de verdad que dijera “Yo lo había deseado”.

Cesaron los espasmos corporales de mi atacante; supe que había muerto. Acerqué mi mejilla

y oreja a su pecho. “Soy una asesina”. Recordé que en la cartera tenía el medicamento ideal para la ansiedad. Fumé sentada en el sofá con la mirada fija en mi víctima. ¡No se movía!

Eran las ocho y veinticuatro cuando recordé mis stiletti: uno de ellos estaba ensangrentado. Salté del sofá, tomé los zapatos, fui al armario del cuarto y busqué una camisa de seda blanca. La humedecí con agua tibia y jabón de castilla; con movimientos delicados, libré al derecho del mínimo rastro de sangre. Regresé a mi cuarto y los guardé en su caja acojinada.

Pensé en encerrarme en la habitación, pero también había leído cuentos de terror de Edgar Allan Poe y visto sola, en la oscuridad, las piezas de cine de Don Siegel. Tener a mi hombre muerto vigilado no solo cumpliría con los preceptos de mi religión, sino que me libraría de ser la protagonista de un relato de ficción.

Volví a la sala, a mi posición de fumadora nerviosa y observadora. Tras el quinto cigarrillo me dije: “¿Quién será ese hombre?”. Me arrodillé frente a él y le palpé el pantalón. En el bolsillo trasero llevaba la billetera y en ella, un euro, la envoltura de un chocolate y su cédula de identidad; nada más. En la foto se ve más alegre, bien peinado, afeitado. Imagino que el día en que lo foto

grafiaron olía tan dulce. “¿Blattodea Pervertère Idios? ¿Qué nombre! ¿De dónde es este individuo? Nació el 3 de enero de 1973. Es mayor que yo, pero luce más joven. Residencial Paraíso, Local 45, Zaragoza. Vive lejos. ¿Qué lo trajo hasta aquí? ¿Viene de más lejos aún: nació en Atamania! Blatta Pervertère es su padre y Eidés Idios su madre”. ¡Volví al sofá y fumé mucho más!

#### *Casi una lección de historia, de lingüística*

“Tengo que deshacerme de este cuerpo”. El temor me llevaba a patearlo suavemente, con la esperanza de que, tras once horas, resucitara el yacido. ¡Fue inútil! Finalizado mi suministro de cigarrillos, el calor de las piernas, el frío del pecho y los nervios de los dedos incrementaron.

Le tomé la mano derecha a Blattodea, pálida, delgada, y pude leerla: sus uñas estaban bien recortadas y limpias, las cutículas repujadas y la piel lisa y olorosa a algodón de azúcar. Lo pude percibir a pesar de que la sangre se las invadía. Supe que era meticulosamente limpio. Cerré los ojos e imaginé sus rituales de higiene. Cuando reaccioné, mis manos, guiadas por mi inconsciente súper ego, le acariciaban el cabello lacio y suave. “¿Qué

estoy haciendo? ¡Pobre hombre!" Quería retroceder en el tiempo.

Me dominó un mareo, se me resecaron los labios y no me desprendía del calor, el frío y los nervios. Miraba su cédula de identidad, cuestionándome la persecución del hombre. "Blatta Pervertēre y Eidēs Idios." Hice memoria de los cursos de psicología que había tomado en la universidad y Sigmund Freud me retumbó en el consciente. Me imaginé al niño Blattodea humillado en una esquina de su habitación, con marcas en las piernas ocasionadas por la hebilla de un cinturón, con rastros de humedad paternal en el cuerpo, necesitando un abrazo maternal imposibilitado. "¿Qué hice? ¡Maté a un pobre niño!"

Fui a la cómoda por una tijera, a la cocina por una palangana con agua tibia, al baño por el jabón de castilla y a mi armario por otra camisa de seda blanca. Estaba decidida a ofrecerle una despedida digna. Cortes por los centros de la camisa, las mangas y las piernas, me ayudaron a desnudarlo. "Su piel es más blanca y suave de lo que pensaba". Saponifiqué el agua y la camisa de seda me sirvió de esponja para limpiarle el cuerpo. Exploré sus lunares y cicatrices en la extracción de sangre. Mi mente hizo nuevamente un recorrido por su niñez: no me quedaba duda de que había

sufrido, de que estuvo tan falto de cariño hasta que me encontró. Le quité los zapatos y descubrí los pies más hermosos y olorosos que he visto.

"¡He matado a un hombre con manos y pies acicalados y dulces!"

Voltearlo fue fácil. Blattodea pesaba menos de 64 kilos y medía poco más de metro y medio. Lo limpié completo, incluso aquellas partes que no habían sido alcanzadas por la sangre: pies que me persiguieron en busca de seducción, glúteos violentados por un cruel progenitor, pene que nunca me penetró, pero que debió haber penetrado a otras u otros afortunados. La sangre continuaba saliendo de a poco, pero el hombre ya estaba limpio. Lo empuñé por los tobillos, como a mis zapatos de aguja, y lo arrastré por el pasillo hasta la terraza. Hubiese querido cargarlo como a un crío pero su escualidez no era suficiente para mi fuerza.

Cavé una fosa en el óvalo de cemento que me servía de jardín interior. Destrocé las flores y saqué la tierra con las manos. Lo tomé como un acto de expiación. Tras esfuerzos sudados, logré depositar a Blattodea en el agujero, lo recosté del fondo en posición fetal y lo cubrí con la tierra extraída, incluso con las flores destrozadas. Ya no sabía ni la hora, ni el día que era. No había bebido

sorbo ni comido bocado. No me había percatado hasta ese momento de que todo ese tiempo estuve con los senos descubiertos.

### *Todo un poema*

Blattodea se había alojado en mí, como una platónica sugerencia de error. Mi cordura me recordaba los gemidos que ese desconocido (ya tan mío) me provocó. Mi locura me recordaba que mi stiletto derecho era el culpable y que moraba en una caja acojinada. “Si mi hombre no yacía en ataúd, ¿por qué sí mi tacón?”. Hice que el asesino del amor se despidiera del armario y de su par. Le cavé un sepulcro al verdugo en el jardín.

Intenté orar por el alma de mi huésped desenterrado enterrado, pero le pronuncié una promesa, muy distante a un duelo.

*Tu tierna lengua me perseguía las ansias  
y yo corrí de ella, vanidosa en trampa.  
Dulce expedido de tus manos  
abrirán su camino en óvalo espacio,  
brotando de las semillas de mi conciencia.*

*Te comeré la pulpa, saborearé tu esencia.  
Te cosecharé en mi tierra,  
te recordaré en mis senos.  
Serás abono que alimente.  
Serás bosta que me excite.  
Tu hortelana de venganza: yo.  
Mi stiletto blanco: tú.*

He cumplido mi promesa. Hoy colecté en una canasta mi primera cosecha de moras selváticas. Fui a la oficina postal y les envié a Blatta Pervertère y a Eidés Idios parte de ella; se tragarán el pasado. A las seis y treinta de la tarde, emprendí mi camino sin persecución alguna. Sin embargo, mientras caminaba, como por instinto, metí la mano derecha en la cartera en busca de las llaves de la casa. Mis dedos se tropezaron con un lápiz labial, la billetera, el espejo, monedas, el encendedor, la caja de cigarrillos, el perfume miniatura, mi stiletto izquierdo... hasta que atraparon las llaves. “Una curva más y estaré en casa”. No ansiaba más que penetrar el pestillo, girar la manija, entrar, cerrar la puerta, guardarme en seguridad y desnudarme los senos para saborear la dulzura de Blattodea en cada bocado de fruta.

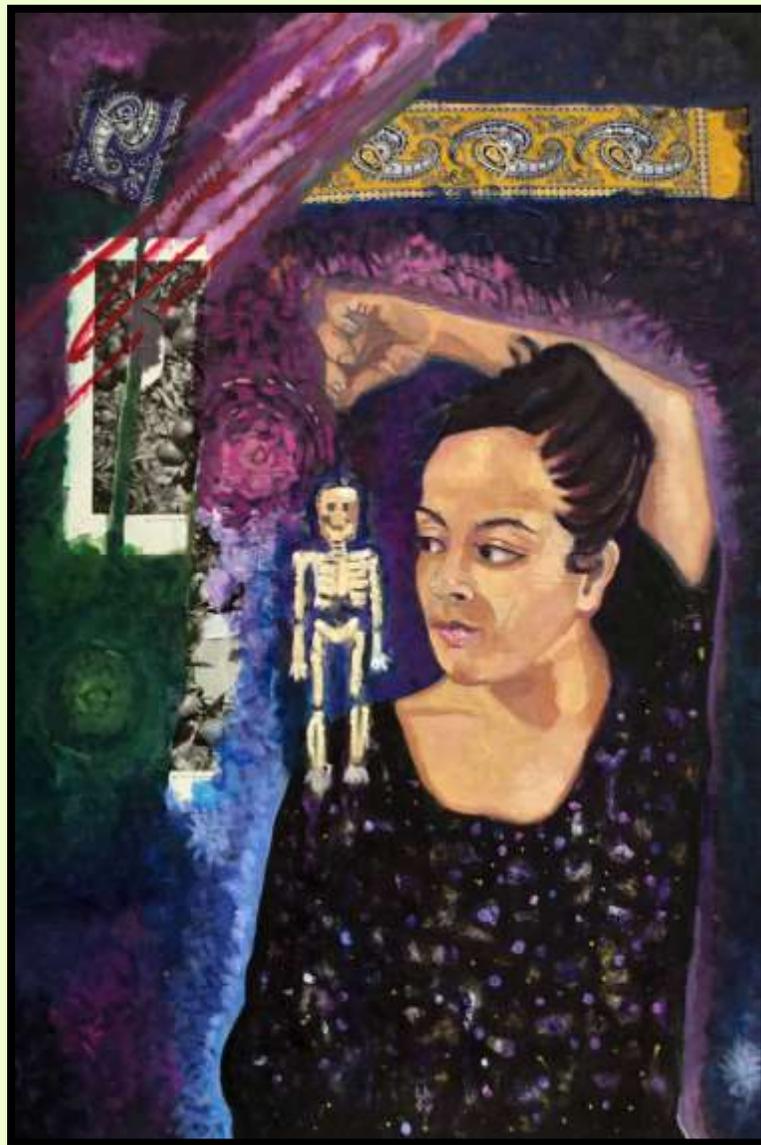
## YADITH RÍOS DE LA LOZA GÁLVEZ



*Música para piedras*



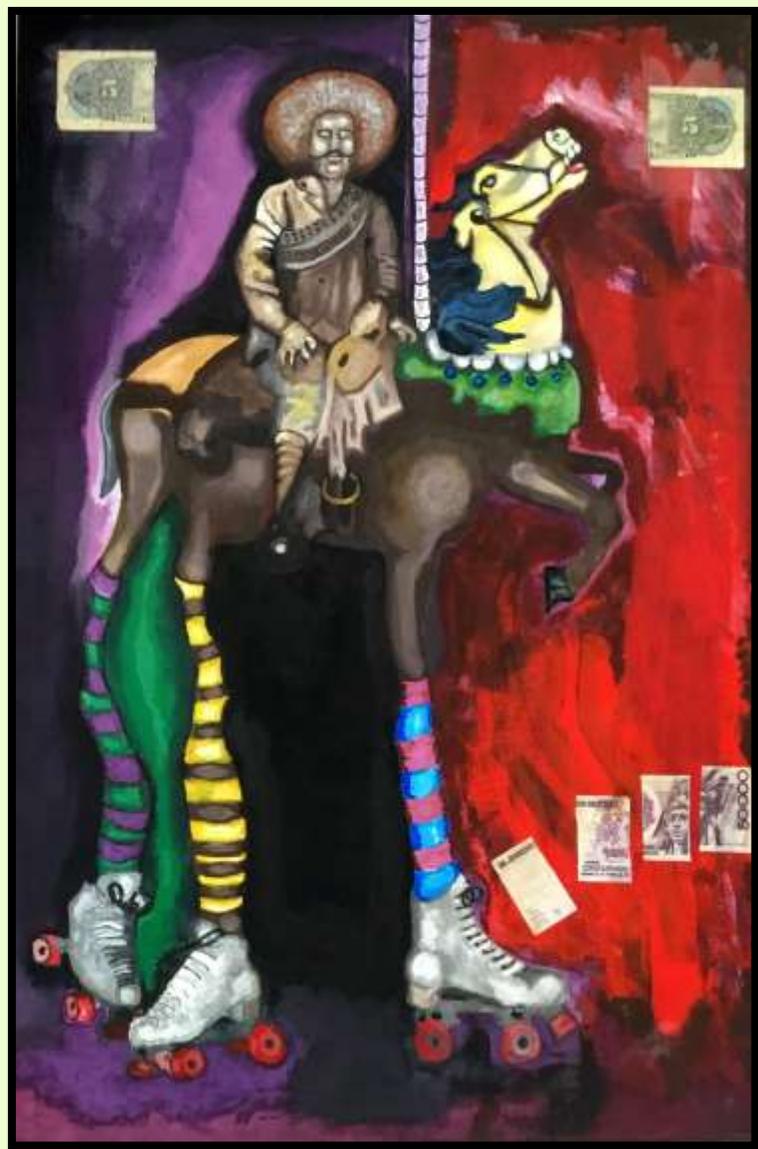
*Abundancia*



*Pregúntale*



*Mikistli*



*Historia en patines*



**[*Sílabas del bosque:*  
ensayos y poemas]**



Fotomontaje de Heinz Hajek-Halke (1956)



## FLOR M. PAGÁN

### EL BILINGÜISMO DE TATO LAVIERA Y LA IDENTIDAD PUERTORRIQUEÑA

*Dedico este trabajo al profesor Alberto Martínez-Márquez en agradecimiento al maravilloso libro que me prestó, **Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity** de Juan Flores, que me ayudó sobremedida a profundizar en la problemática del tema de la diáspora puertorriqueña y, de esta manera, pude llevarlo y analizarlo en la literatura. Muchas gracias.*

(Esta ponencia fue leída en el prestigioso congreso Caribbean Studies Association (CSA) celebrado en Haití en el 2016, donde tuvo una buena acogida por parte de los colegas de otros países y estadounidenses que estaban muy interesados en conocer más sobre la diáspora puertorriqueña en los Estados Unidos.)

*Cuando se vive desterrado entre dos mundos,  
en un ser y no ser, en un estar y no estar, en un aquí y un  
allá.*

*“To belong to a ghetto and call me minority.”  
(...) Centro que danza entre un lenguaje white and nigger.  
Grito desesperado por existir (...)  
Aunque los puristas del lenguaje “clean”  
(...) te arrojen a patadas al ghetto con un cartel:  
“Man, Sir, or Mr. Piñero, how can we call you?  
This is your place. You got it, man? (...)  
Porque tu identificación es un lenguaje roto  
con verdades amargas de fronteras.  
Frontera nuyorican.  
Frontera half and half.  
Frontera como la Fania.  
Frontera rap, hip-hop.  
Frontera vida y muerte.  
Frontera en soledad.*

(“Homenaje a Miguel Piñero” de Flor Pagán)

En este trabajo se estudia el bilingüismo poético en varios poemas de Tato Laviera para profundizar en la reivindicación social, la afirma-

ción y transformación de la identidad puertorriqueña frente al tema de la asimilación anglosajona como necesidad de autodefinición y de sentido de pertenencia. Con ello explica el nuevo ser puertorriqueño dentro de las realidades multifacéticas y multiculturales de la emigración y la experiencia de la diáspora.

El poema *Nuyorican* refleja la situación de la Diáspora, la realidad de ser hijo de emigrantes puertorriqueños. Cabe señalar que la palabra “nuyorican” o “nuyorriqueño” surge por primera vez en 1975, el año de las sesiones poéticas públicas en el Nuyorican Poets Café creado por Miguel Algarín y Miguel Piñero, con el firme propósito de crear identidad, cultura y un espacio a una nueva generación de escritores de la literatura de la diáspora. Tato Laviera es parte de este grupo.

Esta nueva palabra bilingüe se nutre de la historia, la cultura y de la literatura de autores como René Marqués y Luis Palés Matos a los que Laviera incorpora y enmienda como un Juan Ruiz en el *Libro de buen amor* frente a una literatura enmendable, para así ahondar en las realidades multifacéticas y multiculturales de la emigración y de la experiencia de la diáspora.

El término “nuyorican” se considera peyorativo al pretender la separación tajante entre los

“boricuas” (como se nombran a ellos mismos) nacidos en la Isla de los migrantes que residen en los Estados Unidos. La palabra en un principio se usaba para referirse estrictamente a los hijos de migrantes puertorriqueños nacidos en Nueva York que corresponden a la primera migración masiva después de la Segunda Guerra Mundial. Actualmente, el vocablo también se usa para describir a los puertorriqueños que viven en otras áreas de los Estados Unidos.

El poema *Nuyorican* usa la técnica del yo y el tú que ya anteriormente usara la poeta Julia de Burgos en *A Julia de Burgos*. Si el duelo de la voz poética de Julia se desdobra para realizar una crítica de corte feminista, Laviera, por su parte, se centra en describir al puertorriqueño residente de la Isla en su realidad colonial de migrante y en sus valores culturales, sociales e históricos, donde el tú y el yo representan los códigos del aquí o del allá existentes en la literatura de Magali García Ramis (*Los cerebros que se van y el corazón que se queda*), Ana Lydia Vega, Luis Rafael Sánchez, entre otros, pero invertidos. Para Laviera el aquí será el nuyorican y el allá, Puerto Rico. Esta controversia lleva a Laviera a la reflexión sobre lo que es, realmente, ser puertorriqueño, no sólo para el que nace en Puerto Rico, sino es necesario tomar en

consideración el impacto de la emigración masiva de los compatriotas a los Estados Unidos. Tal fenómeno desembocó en cambios significativos sobre la manera de interpretar lo que es ser puertorriqueño que ya no se pueden ignorar. Laviera parte del lenguaje como el modo principal de expresar cultura (porque lenguaje es cultura, identificación y un lugar donde habitar), sea español y/o inglés y el esplanglish nuyorriqueño que el boricua de allá critica y ataca al yo emigrante.

Laviera enfatiza que, tradicionalmente, ha existido poca comunicación e intercambio entre los boricuas de Puerto Rico y los de Nueva York, especialmente en lo que respecta a la cultura y la historia, así como la situación social y política de la colonia. Ese aislamiento mutuo y la incomunicación cultural obedecen al hecho innegable de que existen diferencias marcadas entre ambos grupos, ya que no es lo mismo ser puertorriqueño en un estado como Nueva York que serlo en la Isla. El puertorriqueño del aquí nuyorican de Tato se ubica dentro de un contexto donde lo definen y se autodefine como miembro de una minoría étnica. No obstante, el puertorriqueño del allá boricua se formó en un ambiente que considera propio y no tiene que experimentar la discriminación, los prejuicios y la marginación de ser minoría.

La búsqueda de identidad es tal vez uno de los asuntos más complicados para el aquí nuyorican, pues los Estados Unidos lo define como “hispano” o “latino”, ignorando de esta forma su condición de caribeño y de puertorriqueño. Esto responde a que la América, tanto del norte, central, del sur como el Caribe y sus islas, es multicultural le urge otros discursos y códigos más contemporáneos para definir el asunto de identidad. Negar la pluralidad cultural de América es negar su historia, por lo que los códigos de hispano o latino resultan erróneos, marginados y discriminatorios hasta para los mismos americanos del sur. Con ello se pretende borrar las diferencias culturales para a su vez crear fronteras. Toda América se convierte en un mapa de fronteras.

Así que Laviera en su poema *Nuyorican* reconoce que hace falta educar a la gente sobre las causas y consecuencias de la emigración en Puerto Rico y cómo las mismas afectan a los descendientes de estos emigrantes. Laviera entra en la médula del asunto de la nacionalidad de los migrantes puertorriqueños y crea un enfrentamiento cultural e histórico al dirigirse al tú del allá boricua, al lector implícito del poema, con una serie de reclamaciones y recriminaciones:

*Me mandaste a nacer nativo en otras tierras.  
¿Por qué? Porque éramos pobres, ¿verdad?  
Porque tú querías vaciarte de tu gente pobre.  
Ahora regreso con un corazón boricua  
y tú me desprecias, me miras mal, atacas mi hablar.  
Mientras comes Macdonals en discotecas americanas,  
y no pude bailar la salsa en San Juan,  
la que yo bailo en mis barrios llenos de tus costumbres.*

En los primeros versos alude a la situación histórica, política y económica de las primeras oleadas de puertorriqueños emigrantes después de la Segunda Guerra Mundial. La economía agrícola estaba en decadencia frente a la nueva economía mundial, la industrial. Esto obligó a los campesinos a mudarse a la capital y luego a Nueva York en busca de trabajo en fábricas e industrias. El gobierno de ese momento histórico, don Luis

Muñoz Marín, consideró como bueno enviar a estos pobres campesinos a Nueva York y así deshacerse de ellos y reducir la superpoblación de la Isla con el llamado “American dream” (trabajos, ayudas gubernamentales y formas de mantener a sus familias), donde se comerció hambre por destierro en búsqueda de un inefable “boricua dream”. Mientras tanto, fábricas norteamericanas se apropiaron de estas tierras campesinas, las más

fértiles, para producir para otros mercados. Lo que el pueblo consumía -caña y azúcar- dejaron de producirse. El “pecado forzado” es el verso que en el poema *Nuyorican* resume ese lamentable suceso que los convirtió en migrantes. Dice al respecto Laviera: “Me mandaste a nacer nativo en otras tierras”, “porque éramos pobres” y “porque tú querías vaciarte de tu gente pobre”.

El prominente escritor isleño René Marqués retrata en su obra de teatro *La carreta* el desplazo del campesino a la ciudad y de la ciudad a Nueva York. Pero el drama termina con el regreso de la familia rota y desintegrada a Puerto Rico. Para Laviera era muy evidente que la obra de Marqués no representa las realidades o experiencias multifacéticas de los que emigraron y decidieron quedarse a vivir en los Estados Unidos ni tampoco aquéllas de las nuevas generaciones de puertorriqueños nacidos fuera de Puerto Rico. En este sentido, Laviera representa la voz de las nuevas generaciones que han hecho sus vidas lejos de la Isla cuando dice: “Yo soy tu hijo, / de una migración, / pecado forzado. ¿Sabes?” El yo se enfatiza con la pregunta “¿Sabes?” que, a pesar de que el tú lo mira mal, lo hace sufrir, ;le niega la sonrisa, lo calumnia y ataca su hablar bilingüe o esplanglish, el yo ama, pelea y defiende a Puerto Rico porque se

siente puertorriqueño. El final del poema encierra el dilema sobre qué es ser puertorriqueño con bastante ironía, pues si el tú baila en “discotecas americanas” y come “macdonals” el yo nuyorican “baila salsa” y protege con gran celo la cultura, los “valores” y “costumbres” puertorriqueñas en sus “callejones” o sea barrios o ghettos donde habitan los isleños en Nueva York.

A los ojos del tú boricua, el yo nuyorican representa el dominio de la cultura estadounidense y su consecuente traición a sus costumbres y tradiciones al abandonar la Isla. Por su parte, el yo corrige el error de los boricuas y le muestra su dolor y la realidad colonial del tú: una identidad fragmentada por la marginalización y el aislamiento en el contexto cultural (boricua vs. Americano), así como el lingüístico (español vs. inglés). El conflicto de identidad que experimentan ambos, el tú y el yo, es, irónicamente, una identidad dividida en dos culturas: la estadounidense y la puertorriqueña, con la excepción que el yo nuyorican se enriquece aún más con el multiculturalismo presente en los Estados Unidos que le permitirá reconstruir su identidad puertorriqueña y reconstruir su historia, aunque sea de una manera utópica.

En el poema *My Graduation Speec*, Laviera se

pregunta si después de las oleadas migratorias y los viajes sin regreso de la Isla a los Estados Unidos, podría volver a vivir en Puerto Rico. La respuesta es: “Tato in Spanish/ Tato in English/ Tonto in both languages”, ya que su identidad está dividida, rota, fragmentada y estigmatizada y es, por lo tanto, un producto híbrido que se resume en los versos: “i think in spanish / i write in english”. De la misma forma viven otras sociedades, en doble identidad: Italian-Americans, Mexican-Americans, Dominican-Americans, etc. En este momento se da cuenta de su realidad: “ahí supe que estoy jodío/ ahí supe que estamos jodíos (...)/ spanglish (...)/ so it is, spanglish to matao/ what i digo/ ¡ay, virgen, yo no sé hablar!” El final es confusión e indeterminación en los viejos conceptos identidad, nación, raza y género. Entonces urge redefinirlos acorde a la nueva realidad de ser puertorriqueño en un Estados Unidos multicultural, un lugar de intercambios y convergencias, para así mantener Laviera, poeta y nuyorican, un lugar en el mundo y no perder sus raíces por medio de sus memorias, con las mismas que reconstruye identidad e historia puertorriqueña.

Ahora Laviera se da a la tarea de rescatar sus raíces afrocaribeñas en el lenguaje coloquial isleño en poemas como *Assimilated* y *Mixturao*,

donde reconoce en el verso que tiene “un lado asimilao” en un intento de compaginar de forma armónica la cultura de Puerto Rico con la cultura de las calles del Lower East Side de Nueva York, su Spanish Harlem como le llama. El lao y el ao (“asimilao”, “mixturao”) son formas de la herencia lingüística de la cultura afrocaribeña en la Isla. Así alude, por un lado, a las presiones culturales y sociales de asimilación anglosajona y la resistencia de la diáspora a esta política que se traduce en la disolución de la diferencia cultural en el ethos dominante. Laviera afirma su resistencia para proclamar igualdad cultura y lingüística para la diáspora puertorriqueña. Y por el otro lado, se aferra a su puertorriqueñidad en tierras estadounidenses, sin dejar de reconocer que es un “asimilao” en dos culturas y dos países y un “mixturao” en dos lenguajes, otra forma de llamar el espanglish. De esta manera rechaza también los movimientos educativos de English Only o English First que se iniciaron en los años 80 para evitar la latinización de los Estados Unidos así como la oposición a los programas bilingües aprobados por la Bilingual Education Act de 1968 que reconocía el derecho de los latinos a hablar y aprender tanto en español como en inglés en las escuelas.

El espanglish como el Chicano Spanish es la

frontera que no sólo describe un nuevo concepto de identidad, sino también un lenguaje perteneciente a una intercultura (el proceso de manejar dos códigos culturales y lingüísticos en las relaciones interpersonales y de grupos sociales). La crítica y poeta chicana Anzaldúa dice al respecto en su libro *Borderlands/La frontera* (p. 55) que el cambio, evolución, enriquecimiento de palabras nuevas por invención o adopción han creado variantes, un nuevo lenguaje que corresponde a un modo de vivir. Por lo tanto, no es un lenguaje incorrecto, ya que conecta a sus hablantes a una identidad en la pueden comunicar realidades y valores. Es un lenguaje que no es ni inglés ni español, sino ambos, una variación de dos lenguajes. Concebir una identidad bilingüe y bicultural para Laviera es la forma de recuperar su memoria histórica y de reinventar su presente y futuro. Esto puede apreciarse en el poema *AmeRican* (I’m a Rican) que define la hibridez cultural y lingüística de Laviera y de toda la experiencia puertorriqueña de la diáspora. El término “AmeRican” sugiere una definición continental de lo que significa ser americano y, a su vez, una expresión ontológica de afirmación nacional puertorriqueña. Dice Laviera: “AmeRican, defining myself, my own way/ any way/ many/ ways, Am e Rican,

with the big R and the Accent on the i!" El concepto AmeRican de nuevo mezcla inglés y español, Puerto Rico y los Estados Unidos para mostrar su orgullo "Íma Rican", su nuevo mundo y su nueva identidad, un híbrido.

Por último, termina su controversia cultural y lingüística en su poemario *Mainstream Ethics* en el cual desafía los prejuicios etnocéntricos que están siendo desplazados por un multiculturalismo que incluye toda una diversidad de grupos -entre

ellos, los puertorriqueños y otros latinos- y que están cambiando el carácter general de la sociedad estadounidense. Esta multiplicidad de gente y lenguas en los Estados Unidos ofrece interesantes maneras de entender la identidad. Para concluir, Laviera valida las diferentes maneras de ser puertorriqueño o de expresar puertorriqueñidad dentro de la diáspora por medio del lenguaje y todas ellas son igualmente válidas.

## JAVIER FEBO SANTIAGO

### MONSTRUOSIDAD

1

No soy un monstruo, Mary. No lo soy. Soy el artífice del monstruo. En un acto involuntario latió en mí un corazón ajeno. En dos cuencas me depositaron dos lentes que verán lo impuesto, dos párpados que abrirán y cerrarán sin ser calibrados, y un cerebro que de un *corrientazo* podrá cerrar la maleta y emigrar a otro cuerpo.

2

Aquellas miradas filosas, las que el miedo transgrede, y las que el asco atormentan, esas son las miradas que me atan y me anegan al desasosiego. He decidido desde hoy no salir a la intemperie que ruge con la luz. Me encerraré hasta que las luces se queden sin su alimento. En medio del descanso de otros saldré, caminaré y no miraré rostro alguno. Solo, con el viento y el frío, con las características que me describen, y con lo denodado de

mi existencia. Así evitaré la rotación y traslación de las piedras, la humedad de las salivas ajenas, y el concurso ético y moral. No soy un monstruo. No, no lo soy. Pero al parecer lo parezco. Y eso me da miedo.

3

El fin se acerca. Escucho en silencio el galope, la voz del jinete y el contacto de las ruedas con el camino. Estoy acostado en el mismo aposento donde me concibió un sueño de un extraño. Escaparía. Pero a dónde. El único lugar que conozco es el río de madrugada, donde intento desinfectar y cauterizar las heridas que la ciencia de un hombre ha olvidado o ignorado. Ajustadas están las correas, pero no me son impedimento. Me rindo, Frankenstein.

## ERO ÍSMO

1

No,  
no es quitarse la ropa.  
Es quitarse el mundo de la piel.

2

No,  
no es sólo quitarse el mundo de la piel.  
Es quitarse el futuro de repente.  
Es vivir y morir en el acto.

3

Es estar solos,  
con los olores de lo que era invisible,  
con todas las constelaciones inventadas  
al cerrar los ojos por instinto.  
Es eso, y entre todo eso, saliva y sudor.

4

Es ser animales ni más ni menos.  
Es el homenaje a los ancestros  
por estar aquí, en el piso, en la cama,  
en el rincón, en la casa ajena...

5

Roto el reloj de arena nos queda el cuerpo,  
un solo cuerpo en busca de lo que no se encontrará  
hoy y nunca, jamás,  
en el cielo, en el infierno.

6

Brotaron las fuentes,  
sólo queda descansar.  
Quién sabe hasta dónde llegarán  
esos fluidos merecedores de libertad.  
Merecedores de volverlos a ver.

## ARELIS ARCELAY CARO

### DE LAS "TACAS" AL ALMA DE LA POETA: UN VIAJE INEXORABLE HACIA EL YO

*Tacas*, el más reciente poemario de la Dra. Ángela María Valentín, apunta directamente desde su título, al mundo femenino. Las "tacas", voz coloquial para referirse a los zapatos de tacón alto que forman parte del ajuar de la mayoría de las mujeres, son el motivo utilizado por la poeta para destacar no solo la apariencia del cuerpo femenino, sino también la fuerza interior, el poder de su palabra y los espacios de los que se apodera la mujer moderna en sus múltiples facetas como: mujer, esposa, madre, hija, poeta, amiga, amante, entre otras.

Se divide el texto en dos partes: la primera, *Morir zapateando o la ciencia del cuerpo sufriente*, la cual consiste de 30 poemas de temática diversa donde se plasman las inquietudes y angustias que siente y enfrenta la mujer/poeta en medio de la cotidianidad de su existencia. La voz lírica que se presenta en estos poemas retrata las distintas si-

tuaciones que acometen a la mujer cuando se relaciona con el mundo, con el otro o lo otro. Vemos poco a poco a la hablante desnudarse y desprenderse de todos los artificios que impone la etiqueta social, incluyendo su propio cuerpo, quedándose solo con sus "tacas" y su palabra, para plasmar así la realidad del mundo que la rodea.

La segunda parte, *Sanctum o la pisada en seco*, consiste de 15 poemas de temas más íntimos y personales, podríamos decir que autobiográficos, que se desarrollan en un espacio privado, familiar, donde es necesaria la entereza y la determinación de la hablante porque se trata de un locus compartido con otros seres que dependen de ella para completarse y a su vez, le proveen las fuerzas que a menudo siente le faltan para continuar su viaje. Este espacio es su santuario, un lugar sagrado donde se refugia y se purifica de la monstruosidad y de los vejámenes del exterior. Es

el lugar que le da seguridad, donde pisa firme, sin temor a las ambivalencias de ese otro mundo ajeno que le toca compartir.

Si comenzamos analizando el título de la parte inicial del texto: *Morir zapateando o la ciencia del cuerpo sufriente*, de inmediato nos percatamos que la hablante tiene una gran determinación y está dispuesta a enfrentar valientemente lo que se le presente. Morirá con “las botas puestas”, diríamos coloquialmente, luchando y denunciando las injusticias y atropellos de una sociedad deshumanizada. Esta hablante no claudicará ni callará lo que entienda deba gritar. Sin embargo, está, consciente que su tenacidad le causará angustias, rechazo, sufrimiento, no solamente físicos sino existenciales. Si profundizamos un poco en la ciencia del cuerpo sufriente, es imperativo recordar a Jean Jaques Lacan y su concepción del cuerpo. Para el filósofo francés, lo que consideramos nuestro cuerpo, es decir, lo que cubre nuestro interior, entiéndose, sangre, músculos y órganos, no es el verdadero cuerpo del sujeto y se puede prescindir de él. Dice Lacan:

*El cuerpo verdadero, el primer cuerpo es lo que denomina el cuerpo simbólico, el lenguaje. Como sujetos del significante estamos separados del cuerpo. El sujeto es*

*alguien del cual se habla antes de que pueda incluso hablar, el sujeto está efectivamente en la palabra antes de tener un cuerpo, antes de nacer y permanece ahí aun después de la muerte. La duración del sujeto, al estar sostenido por el significante, excede a la temporalidad del cuerpo. (Soler, 3)*

La primera operación de Lacan que involucra al cuerpo es la separación entre el cuerpo y el organismo. La consecuencia es que por la entrada en el lenguaje, el sujeto pierde su cuerpo y éste retoma como cuerpo despedazado, el que va a ser recuperado como totalidad por la vía de una imagen. Es la imagen de su primer cuerpo (imaginaria), la que le ofrece al sujeto la primera forma de diferenciar el yo y el no-yo. (Tarrab, 3). Este cuerpo despedazado, lo vemos por lo general de forma negativa y lo pensamos como un cuerpo sufriente, pero éste no es sino un aspecto parcial: el despedazamiento también implica que es el lenguaje quien nos atribuye los órganos. Es decir, para Lacan, el cuerpo que funciona es un cuerpo despedazado.

En la mayoría de los poemas que componen la primera parte, la voz lírica se presenta separada de su cuerpo material. Se define como una presencia observadora del mundo, de las personas, de

las situaciones que vive el ser humano y trata que su palabra sea el grito que denuncie tan terrible realidad. Muchas veces se percata que el lenguaje es incapaz de transmitir la decadencia de la condición humana.

Los primeros dos poemas del texto recogen estos temas que he mencionado anteriormente. En “Nunca he dicho que soy poeta”, la hablante ni afirma ni niega serlo, sin embargo, es poseedora del don de observar y ver más allá de lo observable:

*Solo observo/ Observo las cosas/ desde su levedad/ y su resistencia./ Observo y lloro/ un llanto que cuelga/ palabras de las pestañas/ sobrecogida por el terror de lo que presencio/ y la indignación de un verbo/ que me enseguece/ incapaz de concebir/ la monotonía rutinaria/ de una existencia/ que se traduce en la vertiginosa/ monstruosidad de la imagen... (Valentín, 11)*

Esta mirada que la voz lírica le da al exterior puede explicarse con la definición que Pascal Dibie ofrece en su libro *La pasión de la mirada*. Coincide con Bernard Noël cuando éste señala que:

*“el ojo interioriza, fija en la mirada lo que percibe la*

*vista, nos hace partícipes de las imágenes, al tiempo que se apropia del mundo (...) La mirada es lo que construye la vista, lo que pone, quita, omite, construye y subjetiva. Y es una construcción por partida doble: la mirada etnológica, propone ver el mundo no tal cómo es, sino tal cómo es cuando yo me sumo a él. (22)*

La voz lírica es parte de ese mundo que observa desde otro plano. Puede identificar lo negativo y terrible que hay en él, pero como parte integral del conjunto lo define desde su propia perspectiva: la imagen monstruosa del mundo también es su imagen porque está inmersa en él.

En “Mi alma se escapó una mañana”, tenemos una hablante sin cuerpo que puede ver lo que es inalcanzable a la vista humana y que trasciende las fronteras del tiempo y el espacio porque posee el lenguaje. Su alma está libre de normas, de dolor, de imposiciones y es capaz de decir todo lo que anteriormente le estaba vedado, cuando estaba atrapada en el cuerpo. Ahora su cuerpo es el lenguaje, siguiendo los postulados lacanianos:

*Tú preguntas/ por qué me fui/ por qué todavía sigo ausente/ te paseas por mi lado/ y solo ves/ el vestido que llamé cuerpo/ hilachas/ que un día lejano/ conservaron mi aliento/... Ahora habito otras zonas/ espacios donde se puede respirar intensamente/ y te miro desde lejos/*

*pobrecito/ tú solo puedes entender de tierra/ y yo, de cielo (12).*

Según Dibie, ver es establecer un contacto crítico con el mundo, es reconocer como ajeno lo que percibimos y avenirnos a representárnoslo como tal: ver es un acto" (19). La voz poética ahora tiene otra realidad y ve el mundo terrenal como un espacio ajeno a su nuevo estado.

Los poemas "Tacas (I)" y "Tacas (II), que dan título al poemario que hoy nos ocupa, constituyen una alabanza a los zapatos de tacón alto utilizados por la mayoría de las féminas. Aunque mucho se ha escrito sobre el origen y simbología del tacón, entre ellas, que simbolizan la sexualidad, la sumisión y el poder del falo en las relaciones hombre/mujer, la voz poética los presenta como las armas que utiliza para empoderarse de sus espacios y establecer su superioridad ante el hombre. También los utiliza como fuerza protectora contra la hipocresía y las penas del corazón. Cada vez que la hablante se "trepa en sus tacas", es como si se abriera una puerta hacia su interior, permitiéndonos conocer su fibra más íntima, pero desde una perspectiva superior que le permite observar y controlar todo lo que está bajo su mirada. En "Tacas I" encontramos lo siguiente:

*A veces me trepo en mis tacas/ cuatro pulgadas de cinismo/ y me elevo por encima/ de las aguas de amargura/ que amenazan con arroparme/ y sumergir todo lo que me rodea. (...) Hay veces que me trepo en mis tacas/muro de protección contra la malicia/ que hipócritamente me sonrío/ a la vez que clava su puñal en mis espaldas... (17)*

Tacas II, alude a la fuerza y protección que los tacones le proporcionan a la voz lírica contra el cinismo y el sin sentido de la sociedad moderna. La altura que le proporcionan las tacas, le permite una mirada desde arriba, convirtiéndola en una observadora omnisciente, que conoce cada detalle y cada verdad que la sociedad esconde tras las apariencias. Es ésa la mirada del poeta creador de mundos a través de la palabra. Es ese conocimiento el que le permite burlarse de las trivialidades a las que la mayor parte de la gente sucumbe:

*A veces me trepo en mis tacas/ cuatro mil pies por encima de la angustia/ y me río/ de los académicos cuestionamientos existenciales y sus porqués/ con una mano le doy mi sonrisa/ mientras por detrás/ cruzo los dedos del sarcasmo/ mirando quedamente su ritual de autobeneplácito/ burlándome de su concepción/ ampliamente diminuta de esta quimera vital (18).*

Termina la primera parte con el poema “Como cualquier expatriada”, donde la voz poética se presenta como un ser errante y ajeno a todo lugar. Su único equipaje es la palabra, así que solo podría vivir en un lugar ideal, en una sociedad perfecta: “Como cualquier expatriada/ no tengo asideros/ ni pertenezco a nadie/ (...) Soy errante, vagabunda/ (...) no quepo en ningún lugar/ ajena soy/ mi hogar es la utopía/ que cargo pesadamente sobre los hombros...” (47)

A la luz de los poemas discutidos anteriormente, “la ciencia del cuerpo sufriente” se refiere a la capacidad de disociación de su cuerpo material que tiene la hablante una vez se apodera del lenguaje y de la imagen. Como poseedora del significante, el/ la poeta es un ser que vive en soledad; es un ser escindido en su origen.

Como mencioné anteriormente, los 15 poemas que componen la segunda parte del poemario, *Sanctum o la pisada en seco*, presentan una hablante más sosegada y conforme con los roles de esposa, amante, madre y visionaria. Tal parece que la hablante expatriada de la primera parte, encontró su asidero en un espacio familiar, incorruptible. Junto a ella habitan en ese santuario, su compañero de vida y sus hijos.

En el poema “Tú y yo” la voz lírica dialoga

con su compañero y establece que son distintos porque no comparten la misma pasión por el lenguaje. Sin embargo, destaca que solo si permanecen unidos y se apoyan, podrán encontrarle el sentido a la vida que han decidido compartir.

*Tú y yo/ nos miramos a los ojos cada mañana/ y proponemos respuestas temerarias a las millones de interrogantes y silencios/ que componen cada célula de nuestros cuerpos.../ Y así,/ en medio del misterio que nos habita/ continuamos,/ manos entrelazadas,/ corriendo contracorriente,/ resistiendo a la furia y al embate/ de esta pesada y extraña cotidianidad... (62-63).*

En los poemas “Me asombra constantemente su inocencia”, “Hoy de madrugada”, “Ana”, “Me habita una niña pequeña” y “Gabriel”, se presenta una hablante desbordada de amor y ternura hacia unos niños que con su inocencia y pureza la redimen y le dan las fuerzas para enfrentar cualquier reto que le depare su destino. Sus “mariposas”, como les llama, forman parte de su lugar sagrado donde se refugia del mundo exterior y el que defiende firmemente porque allí están las verdaderas razones de su existencia. Para ellos “soy una princesa llena de sortilegios/ que toco las estrellas/ que nadie puede

contra mí/ y me pregunto/ qué han visto ellos/  
si solo soy barro, arena (46). En sus niños se mira,  
se reconoce y se reencuentra.

No quiero terminar estas líneas sin destacar el poema "Barroca". En esta composición, la hablante se define como una mujer completa que desempeña múltiples roles y que es capaz de llevarlos a cabo de forma exitosa y constante. Ha ocurrido una simbiosis en la hablante escindida de la primera parte para fundirse en ella todas las etiquetas que puede cargar una mujer, llenándola de magia y complejidad. Camina con paso firme por lugares desconocidos, enfrentando estoicamente todo tipo de situaciones, contando solamente con el resguardo de su determinación y con la fuerza que emana de su interior. Está convencida que sobrepasará todos los obstáculos y que en su caminar se topará con un alma tan aguerrida como la suya:

*Me acusas de barroca/ pero cómo no podría ser barroca  
una mujer/ esposa, madre, hija, hermana, amiga, poeta,  
música,/ cantante, visionaria,/ maestra, curandera/  
amante, cocinera,/ y cuándo hace falta,/ ¿por qué no?./  
bruja, también...(65)*

Los poemas restantes que componen el po-

emario completan esta doble visión de la poeta y su poder. Con cuerpo o sin él, sus armas principales son la palabra y las tacas que le permiten apartarse, volar, protegerse y a su vez regresar a la cotidianidad.

### OBRAS CONSULTADAS

Dibie, Pascal. *La pasión de la mirada. Ensayo contra las ciencias frías*. Trad. Ana M de la Fuente. Barcelona: Seix Barral Los Tres Mundos, 1999.

Foucault, Michel. *De los espacios otros*. "Des espaces autres." Trans. Pablo Blistein y Tadeo Luna. *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5, octubre 1984. Soler, Colette. "El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan." psicoanalistalector.blogspot.com, 2010. Web. 14 abril 2016.

Tarrab, Mauricio. "Notas sobre el cuerpo." *Metaphora* 3 (2004): 1-7. pepsic.bvsalud.org, Web. 14 abril 2016.

Valentín, Ángela. *Tacas*. San Juan: Editorial EDP University, 2015.

## **ANA ROMANO**

### **LUZ**

Desde la transparencia  
las dos gotas  
por decir gotas emergentes  
sorprendidas  
por decir gotas simultáneas  
Ambas  
en el evaporarse.

### **DE DAFNE**

Perduran  
acodados  
los malvones  
Improvisadas hebras  
se guarecen en el mimbre

Entre los durazneros  
la fugacidad de un colibrí

Mientras en abanico  
chocolates  
patinan vanidosos

la infancia de Dafne  
gruñe.

### **CANTO RODADO**

Entre sombras  
ebrio  
un sueño cabalga

El chico se desabotona  
las pesadillas

En el baldío  
la vitrola reconcilia

Transfigurado

el hambre.

### **POR SI**

Vigilo el escondite

...por si irradia

versos de una incipiente estrofa que  
acaso  
engarzaré.

### **QUE SIGA**

Globos que silabean

Flores deshilachándose

Corchos

Mientras aplauden los platos  
el timbre articula

su descontento

Fiesta.

### **PESPUNTE**

Ruedan los confusos  
aglomerados se quiebran

La musa contempla con ojos rociados  
cachetadas autónomas  
ante la doncella  
desglosándose

Brinca en la fronda  
de la algarabía o recoge  
los cautivos escarlatas

Los oponentes acometen

Objeta  
su naturaleza  
el espiral

Alambre ilumina.

## WAFI SALIH

### APROXIMACIÓN A LA FICCIÓN

*La paradoja de la ficción es que la anulación de la percepción condiciona un aumento de nuestra visión de las cosas.*

Ricoeur

Al hacer un arqueo de las teorías del texto literario, son bastantes los pares opuestos que tienen espacios de encuentro, lo que pudiéramos definir como una antinomia paradójica: Dionisio-Apolo, filosofía-literatura, razón-subjetividad, sagrado-profano, historia y ficción. Todos estos pares, en el marco de las definiciones, se excluyen, dado que sus elementos, sus matrices formadoras, representan antagonismos; cada término tiene una expresión en su espacio propio, con valores inherentes a las correspondencias que en su interior se configuran. Sin embargo, su razón de ser, su expresión práctica, se efectúa sólo ante la presencia del otro, obviamente organizada; esta relación en una suerte de tensión dialéctica que no se

resuelve por anulación del oponente, sino para establecer una lucha por el poder en la que el que se impone imprime a su ser, el ser del adversario derrotado.

En el texto literario, el juego de los posibles, funda en el viaje un péndulo que todo lo recorre, la semejanza por desemejanza, sin poder ser de otra manera, permite situarse en el vértice de esa pirámide desde la que se observan simultáneamente todas las topografías. Los contrarios se unen en uno, sin dejar de ser cada uno, es el obrar imaginario creativo que abre en las construcciones estéticas la senda de otro mundo recién descubierto. La operatividad de ese mundo creado viene dada por la ficción cuyo estatuto de verdad

le es intrínseco a sus propias fronteras, ensanchando la ontología del universo recorrido.

Desde esta perspectiva Paul Ricoeur le da a la ficción una doble valencia referencial; por un lado, apunta a la realidad y, por otro, la redescrive como utopía.

*...se dirige a otra parte, incluso a ninguna parte; pero puesto que designa el no lugar en relación con toda realidad, puede dirigirse indirectamente a esta realidad, según lo que me gustaría llamar un nuevo efecto de referencia.... no es otra cosa que el poder de la ficción de redescibir la realidad (Del texto a la acción, 204)*

*La ficción tiene esa capacidad de «rehacer» la realidad y, de modo más preciso en el marco de la ficción narrativa, la realidad práxica, en la medida en que el texto tiende a abrir intencionadamente el horizonte de una realidad nueva, a la que hemos podido llamar mundo. Este mundo del texto interviene en el mundo de la acción para configurarlo o, me atrevería a decir, para transfigurarlos. (Narratividad, fenomenología y hermenéutica, 199)*

La ficción emplaza y desplaza en un solo movimiento, he aquí su doble valor, pues si bien tiene como punto iniciador un segmento real en

su totalidad fragmentada, es a la vez el planteamiento de una presencia no asible, estructurada como totalidad indivisible. No se trata de la simple permutación de la existencia en no existencia, que en el fondo es una forma de existencia, sino la configuración de un “otro” tal que su sustento fundamentador no es el legimitador desencadenante, pues se soporta en sí mismo para poder proyectarse como mundo posible. Cuando se señala el “efecto de referencia” como reescritura de la realidad se impone la pertenencia de un yo hermeneuta que desde su perspectiva observa una acción desarrollada fuera de él, pero particularizada por él, desde él, en tanto ser depositario del imaginario subjetivo, en un proceso trialéctico, de lenguaje, imaginación y creatividad.

Innegablemente la ficción no aborda lo real para quedarse en sus linderos, traspone esa barrera en la alquimia de las redefiniciones, abandonando las mixturas de la cotidianidad que le dio origen, quizás un tanto como negación que exhibe ante el lector (llámase lector al individuo que ante la producción estética obtiene no sólo el placer por la obra sino, en palabras de Nietzsche, es un monstruo capaz de reelaborarla para completarla con su experiencia creativa), asumiéndola al in-

corporarse a ella. Ducrot, citado por Helene Beristain, define la ficción como un:

*Discurso representativo o mimético que evoca el universo de experiencias mediante el lenguaje, sin guardar con el objeto del referente una relación de verdad lógica, si no de verosimilitud o ilusión de verdad, lo que depende de la conformación que guarda la estructura de la obra, con las convenciones de género y la época, es decir, con ciertas reglas culturales de la representación que permiten al lector, según su experiencia del mundo aceptar la obra como ficcional de lo verdadero, de lo erróneo y de la mentira. (Diccionario de Retórica y Poética, 285)*

Ducrot afirma: la ficción debe ser presentada como discurso verosímil. Pero a quien se la presentamos, innegablemente, es a los lectores "sujetos" con experiencia cultural previa, con criterios de "verdad" propios de su condición de existencia; pues bien, ahora se dilucidará qué es la verosimilitud para los ojos de Ricoeur:

*La verosimilitud es también un campo de lo verdadero, su imagen y su semejanza. Lo más verosímil es que lo ciñe lo más posible a lo familiar, a lo ordinario,*

*a lo cotidiano... no es sólo semejanza con lo verdadero sino apariencia de lo verdadero. (Tiempo y narración II, 393).*

Antes de la cita, se hacía referencia al lector; la ficción es canto y fuego en sus ojos, pues es a él a quien el planteamiento debe darle la sensación de creíble, de posible, esa palanca que dispara mecanismos que configuran los hilos de una araña que atrapa espíritu y cuerpo del interlocutor en un espacio bastante peligroso: la "verdad". En la experiencia lectora se bifurcan ficción e historia, ideología y utopía, lo que a un lector puede resultar un asedio a lo verdadero, para otro puede ser sencillamente un cuerpo ficcional estructurado de tal forma que resulta creíble. El telón que oculta el fondo del escenario, es lo verosímil que encierra una doble posibilidad: una acción cotidiana real desvinculada de esa acción, o una acción inventada que se elabora con elementos del mundo tangible. De esto se derivan dos rasgos distintivos con respecto a la "verdad" de lo escrito: Acto ilusorio, al presentar lo imposible pleno de posibles; o la verdad en sí misma que encarna el texto ficcional.

Ducrot parte de la misma matriz teórica de Ricoeur, para ambos la ficción es un discurso que

desvía el cauce de su nacimiento al organizar una suerte de lógica propia, que pone en relación “lo imitado” con lo creado, en la que este último es una realidad en sí misma, una “verdad” ilusoria con respecto al objeto. Ahora bien, la ficción se distancia de lo real a medida que se articula como discurso, en tal sentido el artificio de compromiso lo representan los hacedores de ilusiones: los personajes; Ricoeur con claridad, expresa:

*Todo el peso de la ficción descansa en la invención de personajes, de personajes que piensan, sienten, actúan y que son el origen-yo de ficción de los pensamientos, de los sentimientos y acciones de la historia narrada (Ibid, 476).*

El contenido orgánico de la ficción se establece en la configuración de personajes que atañen de lo “otro” hasta el más mínimo detalle. En toda construcción ficcional la representación de las acciones descansa en ese ser tejido en el invento, pero que generalmente al pertenecer al programa de la verosimilitud del discurso mantiene su carga de “individuo ordinario” que al accionar asume conductas, compromisos, visiones del mundo propias de la individualidad que re-

presenta, de la cultura a la que está circunscrito.

Cuando Ricoeur escribe que el personaje es origen-yo de una triple vertiente: pensamiento, sentimientos y acciones de la historia, dibuja que el ser de la ficción es único, que encarna la individuación de su propio ser, es en sí principio y fin del universo que encierra, siendo además el postulante de un fragmento accional que completa el mundo inaugurado en el texto.

*Los personajes corresponden a agrupamientos que constituyen para cada uno su esfera de acción (Ibid. 432-433)*

De hecho, como aseveramos anteriormente, cada personaje es un ser (individuo, contexto y relaciones transculturales pues por ser travesía de las intertextualidades lo convierten en una experiencia que está más allá de cualquier proceso histórico) engendrado en la ficción para texturizar la complejidad de lo creado al desplegar él, las acciones ilusorias que apuntaba Ducrot.

## OBRAS CITADAS

Beristain, H. *Diccionario de Retórica y Poética*, Perrúa, México 1985.

Ricoeur, P. *Tiempo y narración III*, Siglo XXI, México 2009. Ricoeur, P. "Narratividad, fenomenología y hermenéutica". *Anàlisi* 25, 2000 (Documento digital), en Azanzueque, G. (ed.). *Horizontes del*

*relato. Lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*, Madrid 1997, Universidad Autónoma de Madrid, Cuaderno Gris.

Ricoeur, P., *Del texto a la acción, Ensayos de hermenéutica II*, FCE, México 2002.

## **DAMARYS GONZÁLEZ SANDOVAL**

Una mujer se acurruca dentro de su cuerpo  
no quiere mirarse ni ser encontrada  
No reconoce a la figura del espejo  
Está escapando de su memoria  
ese almacén del dolor  
Su pensamiento recorta las siluetas  
de sus seres queridos  
los sustituye  
y cuando la ha dejado sola  
secciona las funciones de su cuerpo  
desmenuza su vida  
y la muerte sopla

Permaneció sentada  
absorta  
en su silla mecedora  
aun después de la muerte  
Penetró algún temible pasaje de su pensamiento  
/y allí

continúa abriendo gavetas en busca de una llave  
Tal vez todavía encuentra algún sonido  
un antiguo juguete sale de la oscura entraña  
una cuenta gira y traza una línea  
sobre el manto de polvo

En el espejo  
coinciden y se defraudan  
dos extraños idénticos que continúan  
huyendo

El olvido ha soltado con delicadeza  
las manos de mis seres amados  
y cada día intenta reemplazarlos  
por desconocidos  
También se llevó mis cosas de siempre

A veces solo puedo hablar del olvido  
de lo que ya no le debo

# ANA POZO











# COLABORADORES

## Maricel Vargas

Puerto Rico. Artista plástica, teatrera, vocalista de Jazz y pedagoga.

## Estefanía Farías Martínez

Española. Narradora. Directora de la revista digital *Periódico Irreverentes*. Algunas de sus publicaciones: *Buenos días. Me voy a dormir* (2017) y *El detective, la albacea y el sobre lacrado* (2018), novelas cortas.

## Rubén González Lefno

Chile. Novelista, cuentista, cineasta y promotor cultural. Tiene a su haber, entre otros, *Lo llamaban comandante Pepe* (novela, 2017) y *El diablo a pata y otras historias* (2019)

## Ana Marina Rúa Kahn

Puertorriqueña residente en los Estados Unidos. Narradora. Ha publicado la novela policial *La anémona* (2013).

## El Seis

México. Poeta, filósofo, cuentista, editor y jurista. Es fundador y director de Ediciones Capaverde. Ha publicado sinnúmero de plaquettes. Es autor de *Crapulario* (poesía, 1996).

## Alexandra Pagán Vélez

Puerto Rico. Poeta, narradora y ensayista. Algunos de sus libros son: *El diccionario del Capitán* (libro juvenil, 2010), *Amargo* (cuentos, 2014) y *Relatos de Domingo* (cuentos, 2014).

## Stefan Antomatei

Puerto Rico. Poeta, cuentista y novelista. Ha publicado *Erótica* (relatos y poesía, 2012) y *Temporada: una novela em Tweets* (2014).

## Rocío Tame

México. Poeta, narradora, bailarina y gestora cultural mejicana. *Plumaje del viento* (Poemas, 2001). Há publicado en múltiples antología. Su poesía há sido traducida al árabe.

## Obed André Betancourt

Puerto Rico. Poeta y narrador. Ha colaborado con las revistas *Tonguas*, *Corpum Litteratum* y *Letras Salvajes*.

## Ana Castañer

España. Escritora, artista, activista por la paz y psicóloga. Ha publicado *El jamón y la matanza* (1989) y *De ayer a hoy: Historia de la medicina* (2012), en colaboración con sus hijos Ana y José Pobo.

## Fernando Morote

Perú. Poeta y narrador. Autor de *Poesía Metal Mecánica* (1994), *Polvos ilegales, agarres malditos* (novela, 2011) y *Melodías en la orquídea* (cuentos, 2017). También, *El antídoto del neurótico. Un recorrido personal por el cine clásico* (2018).

## **Sandra Rodríguez Cotto**

Puerto Rico. Periodista, narradora y artista plástica. Ha publicado *En blanco y negro con Sandra* (artículos y columnas periodísticas, 2016) y *Bitácora de una transmisión radial* (crónica, 2018).

## **Daniel de Cullá**

España. Poeta, escritor, pintor y fotógrafo, miembro fundador de la revista literaria Gallo Tricolor. Entre sus libros: *Tras la tapia de un corral* (2015), *Última cresta del monte* (2016) y *Pasarela: not ordinary fashion* (2017).

## **Mary Ely Marrero-Pérez**

Puerto Rico. Poeta, narradora, dramaturga, guionista y pintora. Autora de *El abrazo* (novela, 2014), *Hambre* (cuentos, 2015) y *Diez bocados* (poesía, 2016).

## **Yadith Río de la Loza Gálvez**

México. Fotógrafa, pintora y grabadora. Ha llevado su investigación plástica al campo de lo digital aplicando los recursos técnicos aprendidos a lo largo de su formación en la licenciatura de Artes Visuales.

## **Flor M. Pagán**

Puerto Rico. Poeta y ensayista. Tiene a su haber varias plaquettes de poesía. Ha dictado conferencias sobre temas literarios en Puerto Rico, Estados Unidos y Cuba.

## **Javier Febo Santiago**

Puerto Rico. Poeta y narrador. Entre sus poemarios: *Avisos de locura* (2010), *Novilunio* (2011) *Hum Ano* (2012) y *El Anarquista* (2014). Tiene a su haber una novla inédita.

## **Arelis Arcelay Caro**

Ensayista y crítica literaria. Ha publicado sus investigaciones en varias revistas de Puerto Rico y del extranjero.

## **Ana Romano**

Argentina. Poeta. Poemarios publicados: *De los insolentes fantasmas* (2010) y *Expiación del Antifaz* (2014). Há sido traducida al portugués, italiano, francés, húngaro y catalán.

## **Wafi Salih**

Venezuela. Poeta, narradora, y ensayista. De su vasta producción, *Caligrafía del aire* (2007), *Vigilia de huesos* (2010) y *Consonantes del agua* (2018), poesía; *Discípula de Jung* (narrativa, 2016) y *Más allá de lo que somos* (Ensayos, 2018).

## **Damarys González Sandoval**

Venezuela. Artista plástica y poeta. Ha publicado los poemarios *Silueta de una meditación* (2011) y *El velo de tinta se ha desdibujado en el agua* (2013).

## **Ana Pobo**

España. Fotógrafa y escritora. Ha exhibido su trabajo fotográfico en España, Japón, Moldova, China, Italia, Rusia y Francia, entre otros países. Ha publicado varios libros sobre Teruel, en colaboración con su madre, Ana Castañer.



*Síguenos en Facebook: [www.facebook.com/revistaletrassalvajes](http://www.facebook.com/revistaletrassalvajes)*

*También en twitter: @letrassalvajes*

*La revista se publica en [www.calameo.com](http://www.calameo.com), y en <http://archive.org> (donde se puede descargar de forma gratuita).*

*Puedes encontrar todos los números de la revista en ISSUU a través del siguiente enlace: <https://issuu.com/letrassalvajes/stacks/756a353a1e624e519cf82451cd597e45>*

*De igual forma, puedes escanear el código OCR que se encuentra en las notas editoriales al inicio de la revista.*



